



ELLA BROOKE & JESSICA BROOKE

LA
AMANTE
CAUTIVA

del Feque

La amante cautiva del Jeque

Ella Brooke y Jessica Brooke

Todos los derechos reservados.

Copyright 2015 Ella & Jessica Brooke

[Haga clic aquí](#)

¡Y suscríbese a nuestro boletín para recibir noticias EXCLUSIVAS sobre todas las ofertas, anticipos especiales y nuevos lanzamientos!

El índice de contenidos

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

Capítulo Uno

Emma James quería escapar del aburrimiento de su vida. Todo lo que hacía era predecible. Después de terminar con honores en la universidad de Dartmouth, iba a estudiar derecho en Harvard en otoño, tal y como habían hecho su padre y su hermano mayor antes que ella. Si Emma se pareciera en algo a su hermano mayor, Bradley, encontraría al "chico definitivo" en Harvard, se casaría al acabar derecho, y estaría cargada de niños poco después de convertirse en socia junior de un importante bufete de Washington DC. Estaba predestinada.

Después de todo, el senador Alan James Senior lograba todo lo que se proponía.

Esa noche Emma había ido con sus dos mejores amigas, Alexis y Parker, al local de moda de Georgetown, para fantasear con que era libre. Fue una especie de rebelión por tener que estar otras dos semanas más enterrada bajo gruesos tomos de jurisprudencia y encadenada a la biblioteca preparando el inicio de las clases. Su padre insistió en que se acostumbrara primero a los textos legales, puesto que sabía lo duro que le resultaría, al haber sido él mismo abogado antes de convertirse en senador. Tras haber estado varias horas encerrada en el sótano, tuvo la sensación de que la vida pasaba por delante sin disfrutarla. Necesitaba un respiro.

—Es tu cuarto Grey Goose. —La reprendió Alexis, mientras se apartaba un largo mechón color miel de la cara. Cuando frunció el ceño, su nariz aguileña parecía aún más angular y pronunciada.

—Sólo es medianoche. ¿No prefieres que nos vayamos?

Emma puso los ojos en blanco y dio un trago a su vodka con tónica.

—Apenas bebo. Qué diablos, apenas hago nada aparte de estudiar.

—Lo sé, y por eso lo vas a lamentar en menos de dos horas. —respondió Alexis, bebiendo tranquilamente su ron con cola, y añadió:

—Pero, ¿qué es lo que te agobia tanto?

Emma suspiró y miró a la multitud. Parker ya estaba bailando, flanqueada por dos chicos de la fraternidad enfundados en polos de color pastel con los cuellos levantados. Era una chica alta, esbelta, de largas piernas, justo lo contrario que Emma, que, lejos de ser fea (su madre siempre decía que tenía "una cara bonita"), no era exactamente lo que en la avenida Madison considerarían una belleza. Su cabello era rubio natural, tan claro que parecía blanco, y tenía los ojos azules, aunque no era exactamente delgada. Es decir, tenía sus curvas, y un cuerpo voluptuoso y algo *rubenesco*.

Con un metro sesenta, era bajita, can anchas caderas y un busto más generoso de lo que a ella le hubiese gustado. Nunca sería

tan espectacular como Parker, que podía ser modelo si los estudios universitarios le fallaban, ni como Alexis, a la que se le pegaban los chicos fuera donde fuese. La opción que le quedó a Emma fue convertirse en la lista del grupo, la alumna estudiosa y aplicada, la paciente amiga que ayudaba a los demás a enfocar mejor sus problemas. Normalmente no le importaba su físico, pero entre otro sermón de su padre y su inminente ingreso en la facultad de derecho, Emma estaba empezando a preocuparse por todo.

—Es que quizás no es todo tan genial.

Alexis resopló. —Soy yo la que no tiene más remedio que estudiar derecho en la universidad estatal. Tú eres muy afortunada, querida.

—Quizás yo no pienso así— murmuró Emma, antes de terminar su bebida y saltar a la pista de baile.

Tal vez otra persona podría dejar de lado esas preocupaciones y dejarse llevar por la locura de la noche, aunque en realidad ella nunca había sido ese tipo de chica. En el instituto sólo tuvo un novio y, después, un fugaz compromiso en su último año en Dartmouth. Kevin, su prometido, había resultado ser un completo idiota. Emma se lo encontró en la cama con otra al regresar pronto de un viaje, tras entrar en el apartamento que compartían ambos. Desde entonces, su vida había sido básicamente la de una monja. Un infierno para su autoestima, pero excelente para sus notas.

Dirigiéndose al grupo de Parker, Emma sorteó a la gente que

danzaba y reía, hasta llegar al lado de su amiga, y se unió al baile. Le encantaba. Sintió el repiqueteo del bajo, y el calor de la gente que la rodeaba, mezclándose entre sí, bajo las luces estroboscópicas que destelleaban sobre la pista. Cerrando los ojos, Emma se apoyó en Parker moviendo las caderas al ritmo de su amiga. Se escucharon silbidos y aplausos por parte de la gente que las observaban, y, por un momento, fue divertido formar parte del grupo con el que todo el mundo quería bailar.

Una vez que se calmó el alboroto, Parker se separó y se fue con los dos chicos, dejando a Emma bailando sola y sintiendo cómo su pulso se aceleraba al ritmo del tema de hip-hop que salía a todo volumen por los altavoces.

Cuando abrió los ojos de nuevo, fue porque Alexis le estaba dando golpecitos en el hombro. Unos inquietos ojos verdes se clavaron en los suyos.

—Parker se ha ido a casa con Grant y Matt. Y ha llamado mi hermana, que está al final de la calle, en el restaurante Sullivan's. ¿Quieres venir conmigo?

Emma se obligó a no fruncir el ceño mientras seguía a su amiga hasta una esquina de la pista de baile. Cada vez que comían juntas, pasaba lo mismo, pero esa noche haría todo lo posible por evitarse el mal rato. Cuando Emma iba a un restaurante, lo hacía, obviamente, para pedir comida y disfrutar de ella. La hermana de Alexis, por el contrario, no tomaba más que una minúscula ensalada y un vaso de agua... para luego pasarse el resto de la noche sermoneando

impertinentemente a Emma sobre lo malo que es cenar en exceso. Lo último que quería era juntarse con alguien que la regañara mientras saboreaba la última copa de la noche

Pero Alexis era una buena amiga, por lo que Emma encontró la manera de declinar su invitación con sutileza. Fingiendo un bostezo, sonrió.

—No. Ve tú. Prometí a mis padres que volvería pronto para poder almorzar con ellos mañana. Debería irme antes de que todo me empiece a dar vueltas.

Alexis dudó, y miró de reojo hacia la puerta del local. —Hemos aparcado a varias manzanas y está bastante oscuro.

—Y resulta que estamos en Georgetown, rodeadas de universitarios y boutiques. No hables como mi padre, que esto no es el centro ni hay cerca ningún fumadero de crack.

—Cierto. Sólo quiero que llegues bien a casa. Pero si estás segura... —añadió su amiga, mordiéndose el labio.

—¡Por supuesto! Todo está controlado. No está tan lejos, ¿qué podría pasarme? —respondió Emma, yendo en dirección a la mesa y recogiendo su bolso. Dejó unos billetes de propina para el camarero, que había sido muy amable, y al fin y al cabo, alguna ventaja tenía que tener vivir en una jaula de oro. Al menos podía dar buenas propinas a los desafortunados que habitualmente tenían que lidiar con los borrachos del mundo.

—Te llamo cuando llegue a casa. Si no tienes noticias mías en una hora, es que me ha pasado algo, ¿de acuerdo?

—Vale. Aunque no te va a pasar nada por ir a comer algo al Sullivan's, y así luego nos vamos juntas.

Sólo que Allison no le quitaría el ojo de encima y soltaría su risita con cada patata frita que rozara sus labios. *No, gracias.*

—No, me marcho a casa, estoy cansada, luego te llamo ¿vale?
—insistió ella, abrazando a su amiga.

Después de todo, ¿qué le podía pasar por caminar sola cuatro ridículas manzanas?

Durante el primer tramo, todo fue bien.

No era tan tarde, y de vez en cuando se cruzaba con grupos de universitarios de su edad, que iban de bar en bar por aquella calle. Pero al cruzar a la siguiente manzana, una zona apartada de los locales y mal iluminada, Emma dejó de ver a otros jóvenes. En la tercera manzana se dio cuenta de que un escalofrío le recorría lo más profundo de sus entrañas.

Había un hombre detrás ella. Al principio no estaba muy segura. Al fin y al cabo, lo más probable era que también se dirigiera al aparcamiento, pero había algo raro. La iba siguiendo muy de cerca, y sus pasos parecían coordinarse con los suyos.

Hasta le pareció notar su aliento caliente y pútrido en el cuello.

Cuando se detuvo en seco, él hizo lo mismo.

Tragando saliva, apretó su bolso con fuerza y empezó a correr.

En un primer momento, Emma pensó que todo había sido paranoia suya, porque el hombre no se puso a correr tras ella, pero de repente sintió cómo apresuraba el paso. Se paró y miró por encima del hombro a su supuesto perseguidor. Parecía estar caminando con rapidez, adrede. Su piel se veía oscura bajo la luz de la farola, tenía una tez olivácea y unos ojos negros que se cruzaron con los de ella. Pero lo que más la alarmó fue su barba; era larga y gruesa, y le recordó a las que lucen los terroristas de Oriente Medio en los telediciarios.

Dios mío, ¿Qué está pasando?

Hacia la cuarta manzana, Emma corría hacia su coche a toda velocidad, y de pronto, el hombre se puso a correr. Ella jadeaba, mientras el sudor le corría por la frente. De repente, al girar la esquina del área de estacionamiento, perdió una de las sandalias, y con una patada se deshizo de la otra. Al cuerno. Podía comprar otras, podía hacer *cualquier cosa* siempre que ese tipo no la tocara.

Cuando llegó a su Volkswagen Escarabajo, buscó en el bolso, apartando a un lado el móvil y el maquillaje. Su llavero era grande, una cabeza de Yoda por la que sus amigas le tomaban el pelo, pero que era muy útil para encontrar las llaves tanto en el apartamento como en el fondo del bolso. En ese momento, se sintió muy afortunada de

tenerlo. Emma tomó las llaves y pulsó el botón para abrir el coche. Estaba rozando el tirador de la puerta cuando su perseguidor la alcanzó.

La agarró con fuerza del brazo, y ella gritó *¡Fuego!* tan alto como pudo. Hacía tiempo que le habían enseñado que esa palabra es más efectiva que cualquier otra para pedir ayuda en una situación así.

El hombre trató de tirar de ella, pero Emma se echó hacia atrás, contenta, por una vez, de tener unos kilos de más, haciendo que su asaltante perdiera el equilibrio.

—¡Zorra!—gritó él, y añadió un sonido desagradable y gutural, en un idioma que ella no pudo identificar.

Él extendió la mano de nuevo con la intención de agarrarla, pero Emma estaba preparada. Con un movimiento rápido, le dio un rodillazo en la entrepierna. Su aspirante a captor gimió y cayó al suelo. *Gracias a Dios.* Emma no esperó. Se retorció para abrir la puerta y entró en el coche de un salto. No se molestó en cerrarla antes de poner en marcha el motor.

—¡Vamos, vamos!

Fue entonces cuando sintió una descarga de electricidad provocada por una pistola *taser*, y se dio cuenta, con horror, de que había más de un hombre, y que habían venido preparados para secuestrarla.

La sacudida de la pistola eléctrica fue suficiente para hacerle perder el conocimiento. Cuando despertó, se encontró en la parte posterior de un VUD. Por desgracia, tenía las ventanas tintadas, tan oscuras que se preguntó si el tinte sería legal. Nadie podía verla. Con el corazón latiéndole a mil por hora, intento acercarse a la ventana para golpearla y llamar la atención de la gente para que la liberaran.

Pero sintió el frío cañón de una pistola clavándose en sus costillas.

—¡Ay! —Gritó, y al parpadear distinguió a cuatro hombres que la rodeaban. Los asientos del todoterreno se habían recolocado de forma que quedaban unos frente a otros, como en las limusinas en las que su padre se desplazaba al Capitolio. Escudriñó a los cuatro hombres a la vez, eran grandes y musculosos, y no le quitaban el ojo de encima. Todos tenían el mismo color de piel y lucían largas y tupidas barbas negras.

—¿Qué está pasando? ¿Quiénes sois?

Uno de ellos, el más alto, y al que le faltaba un ojo, centró su atención en ella. Tiró de la solapa de su chaqueta hacia atrás, lo suficiente para revelar la pistola *taser* allí escondida, haciéndole entender a Emma que había sido él el que la había dejado inconsciente.

—Trabajamos para el Jeque Munir Yassin de Yoman.

A Emma se le heló la sangre en las venas. Conocía ese nombre. Cualquiera que hubiera visto últimamente las noticias lo conocía.

Yassin era el nuevo gobernante de aquel reino en mitad del desierto, y había llegado al poder el año anterior, después de que su padre hubiese abdicado tras sufrir un fallo cardíaco. Era un aliado en potencia para los Estados Unidos, en una zona del mundo realmente inestable, pero nadie había conseguido influir en él ni convencerle para que firmara una alianza con Occidente. Aquel hombre era todo un enigma, tal como le había contado su padre.

Papá se enterará de mi ausencia muy pronto.

Su padre era el presidente del Comité de Servicios Armados y un auténtico lince en asuntos de guerra.

—¿Qué queréis de mí?

El hombre que había empezado la persecución le lanzó un escupitajo, pero su osadía fue inmediatamente recompensada con una sonora bofetada por parte del tuerto.

—No, nadie va a hacerle daño. Esas fueron las órdenes explícitas del Jeque. Kashif, serás castigado.

—Esta zorra me ha atacado.

El tuerto rió. —Entonces deberías avergonzarte de que una mujer te haya superado, sin mencionar que es una civil, sin entrenamiento. Yo, en tu lugar, no querría que esa historia llegara a oídos del Jeque, o te pondrá a vigilar los baños del palacio en cuanto regresemos a casa.

—¿Palacio? —preguntó Emma. —Mirad, tengo que irme a casa. Tenéis que dejarme ir. No tenéis ni idea de con quién estáis tratando.

—Eres la hija del senador James. Sabemos exactamente a quién nos han ordenado que capturemos.

—¿Capturar?—Exclamó, deseando tener una réplica más ingeniosa. En ese momento, quería hacer algo estúpido, como arrojarse contra la puerta e intentar salir del vehículo, pero estaba segura de que si se movía le iban a llenar el cuerpo de balas.

—Si sabes quién es mi padre, sabrás que tiene poder, y un montón de amigos. Esto NO le va a gustar nada.

—Eso esperamos. Estamos convencidos de que tu padre va a pagar mucho dinero por tu rescate. —respondió el tuerto, y con aquel fuerte acento, provocó en Emma unos escalofríos a lo largo de su espina dorsal. No podía creerlo.

—¡No puedo ir a Yoman! ¡Tienes que soltarme!—Exigió, tratando de alcanzar el tirador de la puerta.

El matón que tenía a su lado la golpeó con una de sus armas. Emma escupió sangre y miró con odio al tuerto. —Si hacéis eso, tendréis al ejército de los Estados Unidos pateándoos el culo.

—O conseguiremos un buen rescate, como espera nuestro Jeque. Harás lo que te digamos. No podemos matarte, pero hay maneras de no dejar marcas, zorra americana. Así que haz lo que te decimos.

—Hijos de puta. —espetó, aguantándose las lágrimas. Observó su reflejo en el cristal oscurecido. Tenía la mandíbula amoratada.

De pronto, el coche se detuvo y los matones la sacaron de allí. Kashif, el que la había golpeado, le ató las muñecas con unas bridas para limitar sus movimientos e impedir que escapara. Las finas tiras de plástico se clavaron en su piel y la hicieron sangrar. Aquel punzante dolor provocó que finalmente las lágrimas se deslizaran por sus mejillas. Tragando saliva, Emma se concentró en su marcha a través de la pista del aeropuerto. Deben tener autorización en un aeródromo privado, pensó. Hubiera sido imposible que el Aeropuerto Nacional Reagan o el Dulles permitiesen a unos terroristas aparcarse en la pista de aterrizaje y caminar tranquilamente hasta su jet privado.

Al llegar a la escalera, vaciló. Una de las conferencias a las que asistió en su primera semana de universidad, trataba sobre la seguridad en distintos escenarios de un secuestro. Y aunque no lo hubiese oído allí, sabía, por las instrucciones de seguridad de su propio padre, que si los secuestradores te llevan a una segunda ubicación, tus probabilidades de ser encontrado con vida se reducen a un mínimo. Con el agravante de que volaban a un país extranjero, lejos del alcance y poder de su padre, Emma sabía que subir a ese avión era una sentencia de muerte.

Dio un paso atrás y trató de salir huyendo.

Los cuatro hombres la agarraron de inmediato. Ella gritó, les dio patadas, e incluso logró morder la mano de Kashif con la suficiente profundidad como para hacerle sangrar. Pero fue inútil. La superaban

en número, y la fuerza de cualquiera de ellos, y más multiplicada por cuatro, sobraba para someterla.

—¡Imbéciles!—gritó mientras la levantaban para subir las escaleras del avión. —¡Dejadme marchar!

Kashif y el tuerto la cogieron de las piernas y uno de los otros hombres le inmovilizó los brazos. Ella se retorció mientras subían los escalones, pero no había nada que hacer, estaba tan atrapada como un cerdo ensartado en el asador de una barbacoa hawaiana. No tenía escapatoria.

Una vez cerrada la puerta del avión, el frío que le había helado las venas se convirtió en entumecimiento. Sé resignó a su trágico destino, porque no había forma de ser rescatada. Al mirar a su alrededor, Emma pensó que si las circunstancias hubieran sido distintas, podría haber hasta disfrutado del viaje. La cabina era preciosa, con sillones hechos de piel suave, y había una enorme consola de paneles de madera con un televisor gigante en el centro.

Ya había viajado en avión privado, cuando su padre la llevó de regreso a Carolina del Norte tras su Campaña Electoral, pero nunca había visto algo tan hermoso.

—Deberías relajarte —le dijo el tuerto, ofreciéndole un vaso de agua con gas.

Ella lo olió desconfiada y le devolvió la mirada.

—Estoy en un avión con destino a Yoman, y no voy a volver a

ver a mi familia a no ser que encuentren la manera de pagar a vuestro Jeque, e incluso entonces, no hay garantías de que me liberéis. Así que deja de decirme que me relaje... ¡y vete a la mierda!

—Mira, niña. Vamos a estar aquí catorce horas. Echa un trago e intenta calmarte. Podemos pelearnos durante todo el viaje, haciendo que sea muy desagradable para todos, —sentenció, señalando con un gesto su mandíbula. —o podemos relajarnos todos y tú puedes dedicar el tiempo a tramar algo para cuando llegues.

—Me gusta esa idea.

Él sonrió. —Además, aunque huyeras de nosotros, no puedes ir a muchos sitios estando a 30.000 pies de altura. Limitate a beber eso y trata de descansar.

Emma tomó un sorbo e hizo una mueca al notar un sabor amargo. Tal vez el agua del grifo del avión no es de lo mejor, pensó. Sin embargo, después de haber vaciado el vaso, comenzó a sentirse como en una nube, desorientada. Mientras el avión despegaba, a Emma le latían las sienes. Lo último de lo que fue consciente, fue del tintineo del vaso deslizándose por sus dedos y cayendo al suelo.

Lo siguiente que Emma recordaba era un aire abrasador en su rostro, cuando se abrió la puerta de coche. Entornó los párpados, convencida de que era un sueño. A su alrededor no había más que desierto. En la lejanía sólo se veían enormes dunas de arena y el sol ocultándose. Los granos de arena arremolinados por el viento le

arañaban las mejillas, obligándola a ocultar su rostro. No le parecía real. No podía serlo. En mitad de un desierto abrasador y con un gigantesco castillo delante de ella. Era una estructura titánica, repleta de altas torre que casi llegaban a las nubes. Le recordó a Aladín, y en un momento de lo más estúpido, se sintió como Jasmine.

Pero esto... no podía ser más que un sueño.

Llevaba mucho tiempo deseando correr aventuras, y seguro que bebió demasiado en la discoteca. Se había pasado con el vodka. Emma estaba segura de que se despertaría en cualquier momento, con una loca historia que contar a Parker y Alexis. No le importaba que sus ojos lagrimearan ante las cortantes ráfagas de viento, ni que su mandíbula palpitara donde la habían golpeado. No era real.

Y menos todavía cuando la rodearon unos brazos y la sacaron del coche. Se sentía tan cansada que no se molestó ni en mirar hacia arriba, y enterró el rostro en el pecho de su portador. A través del tejido, pudo percibir la densidad de sus músculos y la fuerza de sus brazos. Quienquiera que fuese, olía estupendamente. Ella debía apestar como un camello tras galopar por el desierto durante tres días, a juzgar por el calor y el sudor que notaba en su cuerpo. No podía decirse lo mismo de aquel extraño. Su piel estaba fresca y desprendía un delicioso aroma a jazmín y cúrcuma, y a un embriagador almizcle, una combinación puramente masculina.

Se le hizo la boca agua.

Si su sueño le había concedido un hombre a quien oler y

hacerle sentir así, Emma casi podía perdonarlo. Pero ese momento no iba a durar para siempre. De pronto, sintió que la dejaban sobre el colchón más mullido que había probado en su vida. Emma se hundió en él, y al mirar hacia arriba, por fin pudo ver al sirviente que la había acarreado.

Fue entonces cuando se tuvo que enfrentar a la dura realidad y se dio cuenta de que no era un sueño.

No tenía tanta imaginación como para inventar un ejemplar masculino de tan alto nivel.

Era alto, de más de un metro ochenta, con hombros anchos. También tenía la piel aceitunada, pero no llevaba la barba tupida, sino bien recortada y aseada. Sus patillas le parecieron muy sensuales, y deseó sentir el cosquilleo de su barba sobre la piel desnuda de su vientre. Sus ojos eran penetrantes, de un hermoso color avellana con motas doradas. Dotado también de un fuerte mentón y marcados pómulos, aquel hombre podría estar desfilando por las pasarelas de Milán o París.

—Yo... esto... ¿eres un sirviente?

Él rió, y en ella se activó algo profundo y primario que despertó un ardiente deseo en su vientre, haciéndola temblar. —Soy tu esposo. El Jeque Munir Yassin.

Capítulo Dos

Sus palabras tuvieron un efecto más poderoso que un bofetón en la cara, o que la culata de un arma en su barbilla. Saltó de la cama, o, más bien, lo intentó. Sus piernas quedaron atrapadas entre metros de finas sedas, y cayó al suelo. Su supuesto "marido" trató de acercarse, y ella, sin dudarlo, lo apartó, levantando los brazos y protestando con frustración, aún esposada con las penetrantes bridas.

—¡Joder! ¡No se puede ir por ahí secuestrando a la gente!

El Jeque, no se dignaba a llamarlo marido ni en sus pensamientos, se arrodilló a su lado y sacó una navaja. Emma se estremeció y se hizo un ovillo, preparándose para lo peor. Una mano muy suave le acarició la mejilla. Ella lo fulminó con la mirada, pero no se atrevió a escupirle, a pesar de desear hacerlo con todas sus fuerzas.

—¿Tan mal piensas de mí, *habbibi*? Yo nunca te haría daño—y utilizó la navaja para liberarla de sus ataduras.

Con los ojos todavía fijos en él, Emma se frotó las muñecas, sintiendo cómo la sangre fluía de nuevo libremente, aunque notaba como si tuviese alfileres y agujas viajando a toda prisa hasta sus dedos. —¿Qué es *habbibi*?

—Significa "amada" y, con el tiempo, espero que sepas a qué me refiero.

—No te referes a nada. Me has arrancado de mi familia, de mis amigos... ¡Joder! ¡Me has alejado de mi vida entera!

—Pero te he convertido en reina. En unas semanas estaremos oficialmente casados y tendrás poder sobre todo lo que ves, nunca te faltará de nada.

La bilis le subía por la garganta, y Emma trató de calmarse.—El tuerto dijo...

—¿Perdón?

—Mmm... el secuestrador más alto, el que tiene el ojo... lesionado... —se corrigió, sintiendo cómo se sonrojaba. Era estúpido. La habían secuestrado, y habían arruinando su vida. No les debía nada, y menos respeto. —... dijo que era un secuestro.

—Sí, eso fue lo que les dije. No estaba seguro de que entendiesen. Mi padre aún vive, y mi hermanastro también. No entienden lo que quiero. Y no están dispuestos a dar su consentimiento a una prometida occidental. Prefieren la idea de un rescate para endulzar el tratado entre Yoman y tu país.

—¡Pero yo no puedo casarme contigo!

—Lo harás. Créeme. Sé que mi padre va a entrar en razón, y esto afianzará aún más mi poder. Lo único que tienes que hacer de ahora en adelante, es mantenerte alejada de mi hermano. Kashif es un soldado leal, pero nunca ha tratado bien a las mujeres.

Emma tragó saliva, sintiendo un ardor en su garganta. ¿Kashif? ¿El tipejo que ya había disfrutado golpeándola? No, no se iba a acercarse a aquel animal.

—Así que no es tan refinado y avanzado como tú... ¿Y qué hay de echarse novia secuestrándola a miles de kilómetros?

—¿Tienes que gritar todo lo que dices, querida?

—No me llames “querida” ni “*habbibī*”. Lo has estropeado todo. No me voy a casar contigo. No voy a hacer nada por ti. —Dijo Emma, poniéndose en pie, y sintiéndose diminuta de repente.

Una vez más, sus cálculos habían sido correctos y su captor medía medio metro más que ella, o más. Era mucho más alto, y eso la hizo estremecerse. Si quisiera hacerle daño, con esa fuerza y esos músculos, Munir no iba a tener ningún problema.

Con un suspiro, acarició de nuevo su mejilla.—*Ha...* Emma, con el tiempo verás cuánto te amo, y cuánto ganarás siendo mi reina. Pero no te equivoques, nunca volverás a casa. Ahora perteneces aquí. Conmigo.

No se había dado cuenta de lo cerca que se había inclinado hacia ella durante su discurso. Sus labios se encontraban a pocos centímetros de los suyos, y de nuevo se sintió abrumada por aquel aroma a jazmín y cúrcuma. También se sentía desconcertada por ese olor a almizcle que la transportaba a la parte más primaria y traidora de su naturaleza. Emma se obligó a detenerse, repitiéndose a sí misma que aquel hombre no era más que un secuestrador y un maldito

cobarde, por ocultar sus planes a su padre. Intentó decir algo que lo mantuviera alejado, luchando a toda costa para no besarle.

Pero no sirvió de nada.

Munir cubrió la distancia que los separaba y la besó, con labios hambrientos y exigentes. Emma cedió a su poder y sintió su lengua invadiendo su boca. Él bajó una mano hasta su trasero y acarició las amplias caderas de Emma. Ella gimió, a pesar de las circunstancias, y sintió un gran deleite al tener en su interior aquella húmeda lengua moviéndose junto a la suya.

El beso sólo duró un momento, y fue él quien se detuvo.

Emma vio una sonrisa de complicidad en su rostro.

—*Habbibi*, no eres tan dura como crees.

Emma parpadeó y su mente recuperó la cordura. *No. No soy así de fácil, no me va a conquistar con unas palabras tiernas y un maldito beso.* Se echó hacia atrás y le dio un bofetón.

—Vete al infierno.

Él rió y se frotó la mejilla. —Peleona... Me lo esperaba. Puedo jugar a este juego mucho mejor que tú, Emma. Ahora, ve a tus dependencias.

Munir se paseó por el dormitorio. Aunque fue capaz de

mantener una fachada de confianza y lascivia delante de Emma, se sintió más relajado una vez que ella se hubo marchado. Ardía de deseo por la americana peleona, y quería que ella sintiera lo mismo por él. Desde que la vio en la prensa, junto a su padre y familia, se había sentido atraído por ella. ¿Cómo podía resistirse? Esas delicadas curvas, ése precioso cabello rubio, tan claro que casi era blanco, y esos enormes ojos azules que podría pasarse días mirando fijamente. Pero se trataba de algo más profundo. Lo peor es que fue sincero cuando le dijo que quería hacerla su *Sheikha*, su reina. Si ella lo rechazaba, si lo odiaba, no sería capaz de soportarlo.

Pero no era eso lo que debía mostrar. Al igual que su padre antes que él, Munir tenía que mostrarse tranquilo y sereno. Debía transmitir la confianza que necesitaba para hacer que Emma lo amara. Incluso si en parte usaba bravuconería. Después de todo, un verdadero rey ha de confiar en sus modales en todo momento. Sólo era cuestión de aprender a hacerlo. Su padre siempre había tenido un don. Incluso Kashif sabía cómo controlar la situación cuando trataba con soldados. Sin embargo, Munir siempre sentía que estaba interpretando un papel, que en el fondo era demasiado blando. Había pasado toda su vida tratando de reprimir ese lado suyo, para poder convertirse en el líder que su padre quería que fuese.

—Alá, haz que todo salga bien —dijo en voz baja y, al darse la vuelta, vio como Naseem, su guardia más antiguo y leal, entraba en la habitación.

Había perdido el ojo izquierdo al detener a un asesino que intentaba matar a su padre, años antes de que Munir naciera. Su

blanquecino globo ocular y la larga cicatriz que le había quedado, le daban un aire amenazador, que lo convirtió en una figura mítica por derecho propio. Todos en Yoman sabían quién era Naseem, y lo que había sacrificado por la familia Yassin.

Nadie se metía con él, por supuesto.

—Hola Naseem. Estaba descansando.

—Ya. Por lo visto la espera de cierto tipo de paquetes puede ser muy estresante.

—¿Acaso no lo apruebas?

—En realidad, señor, es una mujer bastante energética. Me gusta su actitud, y la forma en que acobardó a su hermano fue impresionante. Pero es americana, y cuanto antes salga de aquí y regrese con el senador, mejor para todos. Sólo necesitamos el tratado, y creo que es la estrategia adecuada.

Munir se quedó callado, sin saber cómo actuar. No iba a conseguir que sus guardias y hermano le apoyaran en esa misión; después de todo, ellos seguían actuando por deferencia a su padre, y si les hubiera contado el verdadero alcance de sus planes, no le habrían obedecido. Nadie quería a una americana como reina, y menos una infiel occidental. Munir no sabía cómo iba a explicar a su padre que no tenía intenciones de liberar a Emma, jamás.

—¿Señor?

Suspiró, pasando una mano por una de las almohadas de seda roja que había sobre la cama. —¿De verdad te gusta?

—Para ser americana, tiene carácter.

Munir asintió. Era lo más cercano a un cumplido que podía esperar. —¿Y qué pasaría si se quedase, Naseem?

El guardia ocultó su sorpresa, o tal vez su cara de póquer se vio reforzada por el ojo herido. ¿Quién sabe? —Eso lo tiene que decidir el Jeque. Yo no puedo decirle qué camino escoger, sólo ayudarle a llevarlo a buen término.

—Esa es tu forma de decirme, viejo amigo... que he de cometer mis propios errores, ¿estoy en lo cierto?

—Creo que es sabio y que tiene la visión que le falta a su padre. Si ve algo en esa chica, aunque yo soy escéptico, le daré al menos una oportunidad para que cumpla sus deseos.

Munir sacudió la cabeza y tomó la mano de su amigo y consejero, dándole un firme apretón de manos. —Aprecio tu confianza en mí, Naseem. ¿Qué querías decirme?

—Su padre le llama. Está muy interesado en la huésped. Para él es muy importante que las negociaciones con Estados Unidos salgan tal y como las hemos planeado.

—Así que considera a la señorita James como moneda de cambio. —dijo Munir con voz apagada.

Deseaba desesperadamente que su padre conociera sus verdaderas intenciones, pero decirselo sería una locura. Después de todo, a su padre no le importaba. Según él, los norteamericanos no eran de fiar y estaban destinados a ser dominados, y quería que el pacto fuese desigual. Pero no era algo en lo que el propio Munir creyera.

—Yo no le haría esperar, señor. Va a necesitar toda la buena voluntad que pueda reunir.

—Si pudiera, Naseem, las cosas sería diferentes entre nosotros. Sería más fácil que me pidieras que construya un oasis ahí fuera.

Se armó de valor y se encaminó con decisión hacia las dependencias de su padre.

El ex Jeque Shadid Yassin era un hombre de gustos refinados. Con el dinero del petróleo que su familia controlaba, llevaban varias generaciones gobernando Yoman, y él siempre había tenido todos los caprichos que se le antojaban. Uno de ellos era recibir en su casa Beluga fresco al menos una vez al mes, un producto más costoso que el oro en el caluroso desierto. Ese gusto por las cosas buenas sí que lo había heredado Munir, aunque no en lo referente a poseer un harén. Aquello era algo exclusivo de Shadid, o lo había sido antes de que su corazón fallara y de que las actividades físicas hubieran sido eliminadas de su rutina diaria por orden del médico.

Aun así, no había nada malo en que le gustasen las cosas buenas y los manjares más delicados, que ahora Munir podría disfrutar con la mujer que amaba.

Era todo lo contrario a Kashif, que quería luchar y ejercer su agresividad con el enemigo. Esa crueldad era algo que su padre apreciaba, y a Kashif nunca le había interesado el harén, ni comer las codornices más frescas. Era curioso lo diferentes que podían ser dos hermanos. Aunque Munir sospechaba que no tenía nada que ver con el hecho de que fueran hijos de distintas madres, sino que cada uno reflejaba una faceta diferente de su padre.

Sus dependencias eran impresionantes, equipadas con los dispositivos electrónicos más caros y lujosos. Irónicamente, aunque odiaba a Occidente, era aficionado a las películas clásicas del oeste, y pasaba horas viéndolas en una gigantesca pantalla de 72 pulgadas. El mobiliario era del mejor cuero de lujo, y su escritorio estaba hecho con el más fino ébano. Aunque lo cierto era que ya no se ocupaba de los negocios. En un día como aquel, lo más probable era encontrarlo en su enorme cama comiendo cereales de avena y viendo *El Duque*. Era extraño que odiara a los Estados Unidos y que luego amara todo lo que producían.

Munir se detuvo a los pies de la cama de su padre y se inclinó ante él. Aunque llevaba casi un año siendo el Jeque oficial de Yoman, no había olvidado los treinta años anteriores de normas y preparación. A Shadid se le obedecía, esa era la regla que había aprendido de niño, a menudo hostigado por la palma de la mano de su progenitor.

—Padre, tiene buen aspecto.

Shadid resopló y se quitó los tubos de oxígeno de la nariz. En el pasado, el ex Jeque había sido tan alto como Munir. Era ancho de hombros, como sus dos hijos, y muy fuerte. Intimidante. Ahora, la insuficiencia cardíaca lo estaba consumiendo. Su piel estaba más arrugada que nunca, y parecía que hasta la canosa barba le pesaba, siempre inclinado hacia delante. En los últimos meses, había perdido su antigua forma, y no importaba cuánta sopa o pudín engullera, no era capaz de aumentar de peso.

Era un final triste y patético para alguien que, desde la perspectiva de Munir, nublada por los recuerdos, seguía siendo un gran hombre.

Su padre volvió a toser y lo miró fijamente. —Sabes de sobra que tengo un aspecto horrible.

—Para nada. El médico debe estar haciendo algo bien... Incluso tiene un brillo rosado en sus mejillas.

—No mientas. ¿Han secuestrado ya a la muchacha?

Munir asintió y se acercó a la cama, su intención de suplicar ya se había desvanecido.—La señorita James está con el harén, la están vistiendo apropiadamente. He ordenado a Naseem que contacte con la oficina de su padre, en Washington. El plan está tomando forma.

—No es necesario que la zorra americana se vista de forma diferente. Puede quedarse como está, hasta que su padre ceda.

—Pensé que se sentiría más cómoda con algo que no esté cubierto con su propia sangre. Kashif y ella pelearon, y él le golpeó en la mandíbula con un arma. Se le manchó la camisa. Si tenemos que, ejem... enviar al senador James pruebas de que está viva, mejor que la vea limpia y con las heridas curadas.

—Supongo que tienes razón—concluyó el padre, sacando una carpeta de su mesita de noche.

Al darle la vuelta, cayó una foto de Emma. Munir conocía esa imagen de sobra. Fue el primer flechazo que había sentido por ella. Aparecía con sus amigos, riendo, sentados en una plaza del campus. La forma en que la luz del sol tocaba su cabello, haciendo que pareciera que brillaba, había sido lo primero que le atrajo de ella. Decir que había estudiado aquella imagen en todo detalle, sería un eufemismo.

—Es una de esas vacas estadounidenses autocomplacientes.

Munir apretó los dientes y se obligó a respirar con calma. En ese momento no había forma de que conectara con su padre. Le iba a tomar su tiempo hacerle ver en Emma a la reina que él si veía. —Es diferente a nuestras mujeres.

—Es una cerda. No veo el momento de devolvérsela a James, y mostrar a los estadounidenses nuestro verdadero poder e ingenio.

—Sí, padre, —dijo Munir, abandonando las dependencias y regresando a los pasillos principales.

El comedor estaba siendo preparado para un banquete, para Emma y para él. Necesitaba que entendiera que no tenía nada que temer de él. Nada más lejos de la realidad. Si ella se lo permitiese, la cubriría de riquezas que no podría ni entender y le daría placer todas las noches, adorándola con sus agradecidas manos. Ella sólo tenía que darle pie...

Sumido en ese estado de ensoñación, no vio a su hermano, que se acercaba por el pasillo. Munir se chocó con Kashif y maldijo, mientras ambos se ponían en pie.

—Disculpa, hermano. Iba distraído.

—Con los planes para manipular al senador, espero
—Comentó su hermano, y fue entonces cuando Munir se percató de la herida de Kashif y de la fea mordedura púrpura de su mano.

—¿Qué te ha pasado?—Preguntó, haciendo un gesto señalando la mano de Kashif.

—Esa perra americana. Es más dura de lo que pensaba. Esperaba que fuese delicada como una nube... Y padre cree que fui demasiado "indulgente".

—Sé muy bien lo que dice padre. —dijo Munir, bajando el tono de voz. Él no tenía por qué aguantar nada de Kashif, era su hermano quien tenía que responder ante él.

—Me lleva delantera,—continuó Kashif, sosteniendo su mano lesionada, y añadió: —Pero, créeme, no volverá a suceder.

—La han llevado a las dependencias del harén, y de ahora en adelante está bajo mi custodia, no tendrás que volver a interactuar con ella. Naseem y Basher son suficientes para controlar a Emma.

—¿No querrás decir a nuestra *prisionera*, hermano?

—He querido decir Emma. Sé exactamente lo que digo.

Su hermano se acercó y Munir tuvo que dar un paso atrás, no por miedo ni frustración, sino porque el fétido aliento de su hermano le resultaba repelente. En Occidente se hacían algunas cosas bien, como el cuidado de la higiene oral.

Bueno, quizás no en la vieja Inglaterra, pero sí en el resto.

De hecho, al observar la suciedad y la enmarañada barba de su hermano, Munir se preguntó cuánto haría que no se duchaba. Hay algo de cierto en cuanto al fragor de la batalla, o en el caso de Kashif, lo que él creía que eran los deseos de su padre, pero no había excusas para no darse un maldito baño antes.

—Interesante,... *hermano*—dijo Kashif, pronunciando las palabras como una maldición. —La hija del senador es el cebo, nada más. Cuando hayamos firmado el acuerdo, no tenemos por qué mantener el pacto.—Y extendiendo su mano, obligó a Munir a contemplar el desastre de heridas y cicatrices en que se había convertido su rostro. —De hecho, ya me estoy imaginando lo que me gustaría hacerle.

Aquello fue demasiado.

Munir rodeó con sus manos la garganta de su hermano y lo empujó contra la pared, antes de que éste pudiera moverse. Kashif tomó una bocanada de aire con dificultad y puso los ojos en blanco. Entonces parpadeó estúpidamente y al final consiguió escupir unas palabras:

—Esto sí que es hostilidad...

—Harías bien en recordar cuál es tu lugar y quién es el Jeque.

Su hermano lo entendió todo y se rió entre dientes.

—Ya veo. Te has encaprichado de la vaca americana.

Munir lo empujó con fuerza contra la pared. —¡Para nada!, pero hemos de mantener nuestra promesa con el tratado, imbécil. La retenemos aquí, recibimos el rescate y luego regresa a casa. Juro por Alá que no le vas a tocar ni un pelo de su maldita cabeza.

Su hermano sonrió, y de pronto sintió un fuerte dolor en el plexo solar, donde Kashif le había clavado la rodilla. Munir resopló y se vio obligado a soltarlo. En un instante, unos fuertes brazos le tenían sujeto por la garganta.

—¡Déjame!

—A su debido tiempo. Es muy interesante lo considerado que eres con ella, y la forma en que la llevaste de inmediato a tu suite privada en cuanto aterrizó. Si no te conociera, diría que ya tenías planes para nuestra cautiva americana.

—No sabes lo que dices. Será que no soy un bárbaro como tú.

Munir sintió otro dolor punzante, esta vez en la rodilla, y cayó al suelo.

—Yo, querido hermano, no soy tan débil como tú. No lo olvides.

Emma parpadeó ante el desfile de colores y tejidos de su alrededor. La sala del harén era exactamente como ella recordaba haber visto en Aladino. El espacio principal para las mujeres del palacio era una sala de alto techo arqueado que mediría unos cien metros cuadrados. Había asistido a recepciones y fiestas oficiales en Washington DC celebradas en locales más pequeños que esa sala. Había un montón de camas, en su mayoría individuales, cubiertas con sábanas de satén brillante de todos los colores, desde el más profundo púrpura a los amarillos más brillantes.

En el centro vio una serie de mesas de tocador, donde muchas de las mujeres se cepillaban los cabellos o repasaban la línea de kohl de sus ojos. Hasta en las esquinas yacían suaves cojines de seda donde las chicas se sentaban y cosían, tocaban instrumentos musicales, o estaban absortas en sus iPads. Fue ese contraste final, entre el confort moderno y la accesibilidad, en contraposición al paisaje anterior de siglos pasados, lo que devolvió a Emma a la realidad.

No era un cuento de hadas, después de todo.

Por lo visto, era propiedad del Jeque Munir Yassin, y este era el harén en el que estaría destinada a vivir, ya que iba a convertirse en su reina.

De repente, se le llenaron los ojos de lágrimas. Era cierto que estaba aburrida de su antigua vida, y que su futuro ya estaba decidido por su padre, pero esto no era lo que quería. Para nada. El Jeque era guapísimo, y despertaba en lo más profundo de su alma algo que hasta entonces no se había percatado que anhelaba. Sí, estar en el reino de Yoman era emocionante, era un mundo que ni se imaginaba que existiera mientras estaba centrada en sus estudios, pero... ¿a cambio de no ver más a su familia? ¿Ni a Parker ni a Alexis?

No. Quería irse a casa, y estaba atrapada en una pesadilla inspirada por la princesa Jasmine.

Emma se quedó como en trance en una esquina de la estancia, hasta que una mujer mayor se acercó a ella. No, la palabra “mayor” no sería un término adecuado para aquella bella dama. Tenía canas en las sienes, y la piel envejecida por el sol, pero seguía siendo preciosa, con unos enormes ojos en forma de almendra y una gruesa trenza de pelo, en su mayor parte negro, que le caía por la espalda. Llevaba un caftán ceñido, de un brillante color escarlata acentuado por las monedas plateadas que adornaban su cinturón.

Medía unos quince centímetros más que Emma, y caminaba con una gracia regia que la americana no podría más que aspirar a imitar.

La mujer le hizo una reverencia, lo que sorprendió a Emma.

Francamente, después del maltrato recibido por Kashif y el Tuerto, se imaginaba que la encerrarían en un calabozo y la golpearían todos los días hasta que su padre pagara el rescate. Pero se encontraba en las estancias más bellas y deslumbrantes que jamás había visto, mientras la trataban como una auténtica *Sheikha*.

Tratando de devolver el gesto de respeto, ya que iba a necesitar tantos aliados como fuera posible si quería planear su fuga, Emma repitió la reverencia. —Hola. Encantada de conocerla.

La mujer rió, y su risa era dulce y aterciopelada. —*Sheikha* Emma, no tiene que devolverme la reverencia. Soy yo la que le ofrece un saludo apropiado. Soy Basheera, su criada principal. Cualquier cosa que necesite, la conseguiré para usted.

Emma la miró extrañada. Creía haber entendido mal. —¿Criada?

—Sí. —afirmó Basheera acercándose y poniendo una mano sobre su hombro. —El JequeYassin me ha contado sus planes para convertirla en su reina. Mi misión es ayudarla en todo y proporcionarle cualquier cosa que necesite. Ahora he de prepararla para la cena.

Emma hizo una mueca. —¿Cómo? Yo no quiero ir a cenar con ese gilipollas arrogante. Lo que quiero es volver a mi casa.

—Ya está en casa, señorita. Es un hecho. —respondió Basheera, dirigiéndola hacia los tocadores. Las otras chicas la miraron y se rieron en voz baja, susurrando entre ellas en lo que supuso que era árabe. Basheera les gritó algo breve en el mismo idioma gutural y

ellas se dispersaron, aún estudiándola con la mirada, como si fueran gatos con las garras listas para dar un zarpazo. Volviéndose de nuevo hacia ella, Basheera le dedicó una sonrisa. —Una se acostumbra.

—¿Se acostumbra a qué?

—A los celos de las otras. Estas chicas servían al rey anterior, y al hermano de Munir. Todas han competido para atraer también al Jeque, pero él siempre se ha resistido.

—¿No irá a decirme que Munir estaba esperándome a mí? Que nunca ha...

—Oh, una dama nunca revela sus secretos de alcoba, pero lo cierto es que él no es como su familia. No es alguien que quiera tener una colección de esposas y un harén de mujeres además de su amada. Él es así de leal. Por desgracia, en su época, su padre Shadid no era así.

Basheera hablaba mientras preparaba el Kohl para los ojos de Emma, pero el tono dulce y aterciopelado de su voz había adquirido cierta dureza. Sus ojos no parecían estar mirando a Emma.

Detrás de esa ensoñación, seguro que había una historia.

—¿Fue alguna vez pareja de Shadid?

—Tuvimos una buena relación, y ahora, en su vejez, sigo siendo su favorita. Lo único que sé es que las otras mujeres pueden ser muy maliciosas, y deberá aprender a soportar el peso de sus

lenguas viperinas.

—Créame —respondió ella, pensando en Allison. —Sé muy bien lo que se siente cuando alguien se burla de tu físico. —Suspiró y se pellizó la cadera.—Estoy acostumbrada.

—¿Sabe? —dijo Basheera, empezando a dibujar la raya de sus ojos. Emma parpadeó cuando el lápiz le hizo cosquillas en el párpado inferior, y trató de cerrar los ojos.—Las curvas ayudan a persuadir a los hombres. No hay danza del vientre, como llamáis los americanos a nuestros rituales, sin vientre de verdad.

Emma hizo una mueca y trató de no lagrimear mientras le aplicaban el delineador al otro ojo. Nunca se le había dado bien maquillarse. —Yo no quiero persuadir a nadie, sólo quiero volver a casa.

—Ya está en casa, querida, en un hogar de verdad. Yo estaba allí cuando la sacó del vehículo, y vi la forma en que se fundió en su abrazo. Sólo tiene que permitirse amarlo.

—Prefiero morir.

—No diga eso, el padre o el hermano podrían ordenarlo en un instante.

—¿Qué? —Preguntó, con el corazón martilleando en su pecho.

Seguramente había oído mal. Aunque la usaran como peón con el que negociar, o para calentar la cama del Jeque Munir, no había

razón para pensar que su vida estuviese en peligro. Sólo un loco podría secuestrar a la hija de un senador y luego matarla. Eso significaría la aniquilación total de Yoman. Seguramente el viejo Jeque y su otro hijo eran lo bastante inteligentes como para darse cuenta de eso.

Emma intentó tragar, pero su garganta estaba demasiado seca. Si no eran hombres razonables, podría estar muerta muy pronto.

—No les dé motivo para gestionar el tratado con otro hijo o hija como cebo. Kashif ... no es de fiar.

Emma resopló y se frotó la barbilla, que aún le dolía. —No tiene que convencerme de eso. Es un animal.

—Entonces, créame si le digo que Munir es todo lo contrario—dijo la mujer, aplicando una barra de carmín rojo sobre los labios de Emma. —Se ha esforzado para dar buena impresión, y puede que usted encuentre lo que ha estado buscando.

—¿Qué sabe usted de eso?

Ella se inclinó y apartó un mechón rubio de la cara de Emma. —Lo sé todo.

Capítulo Tres

Emma no podía creer que fuera ella la mujer del espejo. Basheera debía tener un don, y en realidad era una hechicera y aquello sí que era un cuento de hadas. Su pelo estaba recogido en lo alto de su cabeza, en un moño adornado con tirabuzones que caían desde la coronilla. Sus resplandecientes mechones rubios resaltaban aún más con las opulentas joyas rojas y azules engarzadas en sus trenzas. Sus ojos azules tenían un aspecto prominente y brillaban como zafiros, gracias al kohl, y sus labios parecían más voluminosos, con un color rojo cereza. De alguna forma, la mujer había tenido el acierto de vestirla de manera perfecta para resaltar sus curvas en los lugares adecuados, algo que nunca había creído posible. La seda rosa de los pantalones estilo árabe se aferraba a la redondez de sus caderas, y la parte de arriba, a juego, revelaba la suave y tersa piel de su estómago, y por encima le llegaba hasta la altura de los pechos.

Se veía hermosa, como nunca antes se había visto en un espejo.

Era un look que Alexis o Parker hubiesen elegido, pero que siempre creyó que ella no lo luciría. Después de todo, la emponona del grupo nunca era también atractiva. Jamás se había sentido así de bella, sobre todo desde que encontró a Kevin con otra.

Le parecía que estaba demasiado elegante.

Casi se sentía como la reina en la que Munir quería convertirla.

Basheera sonrió y aplaudió. —Soy buena, ¿eh? Debería cobrarle por mis servicios.

—Es como si tuviera una varita mágica. ¿Es el hada del cuento?

Basheera rió con un tintineo como de campanillas. —No—contestó, añadiendo un último adorno al cabello de Emma, un alfiler de plata. —Era mío cuando llegué por primera vez al palacio. Le prometo que le traerá suerte.

—Pero él... no es mi tipo.

—Haga feliz a una mujer mayor y vaya a cenar. Intente ser amable.

—Amable con mi secuestrador.

—Con su futuro marido—corrigió Basheera, encaminándola a la puerta y empujándola hacia el pasillo.

Emma caminó por los laberínticos pasillos del palacio, encontrando la sala de banquetes gracias al delicioso aroma que flotaba por el camino. Oía a especias, a cordero perfectamente asado, y a higos y albaricoques secos. Se le hizo la boca agua. Cuando abrió la puerta, se quedó sorprendida. Si la estancia del harén era grande, ésta era inmensa.

El harén cabía tres veces en aquel salón, y la mesa que se

extendía frente a ella podía albergar al menos a cincuenta comensales. Se preguntó si también tendría esos paneles de madera para poder alargarla aún más. Colocados en grandes bandejas de plata, vio todos los manjares que había identificado por el pasillo, y más: garbanzos, lentejas, arroz sazonado con cúrcuma y varias botellas de vino. Una variedad impresionante.

Pero todo ello palideció en comparación con la imagen de Munir, esperándola.

Se puso en pie cuando ella entró, sus ojos estaban muy abiertos. Desde donde estaba, Emma se dio cuenta de que se relamía los labios. Apesar de todo, sobre todo a pesar de la lógica, sonrió ante aquel descubrimiento. Nadie la había mirado así antes, como si fuera el plato principal, el mejor solomillo de la ciudad.

Recobrando la cordura y apartando la pasión de su mente, Emma se sentó junto a él. Su anfitrión intentó retirar su silla con galantería, pero ella se negó, no queriendo darle el gusto.

—Puedo hacerlo yo sola.

Él se rió, con un sonido profundo y gutural, y ella sintió que en su interior comenzaba a crecer un húmedo deseo. Instinto traidor.
—Siempre tienes que pelear por todo, *habbibi*. Sólo quería ser educado con mi futura esposa.

—Lo dices como si fuera la frase más normal del mundo.
—respondió ella, permitiéndole que le sirviera una cucharada de lentejas y cordero. Hacía más de un día que no comía nada, y su

estómago gruñía. Sintió el sabor seco del vino blanco que se deslizó por su garganta y la ayudó a calmarse, o al menos eso creyó al dar el primer trago. —A ver... Tengo que volver a casa. Lo entiendes, ¿verdad? Yo pensaba que esto era un secuestro... ¿No puedes hacer que sea sólo eso?

Se sintió ridícula suplicando a su captor. Tal vez era el síndrome de Estocolmo, pensó, recordando la pasión del beso. Aún así, tenía que intentarlo. No estaba hecha para ser una *Sheikha*, y el hecho de que él la creyera digna de ese papel, era una locura.

Era extrañamente halagador, pero una barbaridad.

Él extendió la mano y le acarició la mejilla. Ante el contacto de su piel, se sintió más relajada. Su olor le era cada vez más familiar, con ese toque de jazmín mezclado con almizcle, pura masculinidad a su alcance. Sería tan fácil inclinarse hacia adelante y darle un beso, y olvidar de un plumazo todas las normas y obligaciones de una buena hija.

Pero eso estaría mal

—Te amo, ¿Acaso lo dudas?

—Me has secuestrado a miles de kilómetros de aquí y me estás reteniendo contra mi voluntad, sin ninguna posibilidad de escape. ¡Vaya!, ¿cómo puedo creer que no me amas?

Munir retiró la mano y suspiró. Sus ojos moteados de oro la miraron con pesar. —Podría haber escogido a muchas otras chicas.

Estuvimos investigando a las familias de otros senadores del comité de tu padre. Pero te he elegido a ti.

—Porque mi padre es el presidente.—le desafió ella, tomando un sorbo de vino.

—Porque vi determinación de espíritu y fuego detrás de tu mirada. Te observé un día tras otro, tratando de vivir conforme a las ideas de tu padre, dejando en segundo plano la dignidad de inventar tu propio camino. Te mereces más que eso. Y yo quiero ofrecértelo.

Ella resopló y puso los ojos en blanco, ignorando el sabor picante del trozo de cordero que acababa de morder... —Tus secuaces me estaban grabando y pinchando mis teléfonos. Eso no quiere decir que sepas nada de mí.

—Entonces, dime que me he equivocado, *habbibi*—dijo, y sus ojos color avellana la observaron con solemnidad. —Dime que no querías más de la vida que un puesto en el antiguo bufete de tu padre; dime que una parte de ti no se alegra de estar aquí.

—Eso es distinto. —dijo ella, con voz queda. —Puede que quiera correr aventuras, pero no deseo estar aquí atrapada.

—No lo estás. No es para siempre. Después de la boda, recorreremos juntos el mundo entero, iremos a cualquier lugar que desees, y tendrás todo lo que quieras. Sólo tienes que pedirlo.

—Excepto volver a casa.

Él se levantó y se inclinó hacia ella, la besó con una pasión igual a la que le había hecho sentir antes en su habitación. Sus pezones se endurecieron y sintió un calor que ascendía desde su vientre. Emma gimió, y extendió sus manos para hundirlas en el cabello de Munir, sintiendo aumentar su humedad cuando sus dedos rozaron la rugosidad de sus patillas.

Munir respondió a sus caricias profundizando en su beso, enredando su lengua con la de ella. Estaban conectados, atrapados en un dulce baile para dominar al otro con sus labios, y ella quería, desde lo más profundo de su alma, que él ganase. Munir deslizó las manos hacia abajo y colocó una sobre su pecho izquierdo. Sus dedos jugaron con el pezón ya erecto bajo la fina gasa de la camisola. Su otra mano bajó un poco más, y ella se estremeció ante las cosquillas que le provocaban sus caricias.

Emma interrumpió el beso el tiempo suficiente para sonreírle.
—No hagas eso... Mi piel es demasiado sensible.

Él se rió y trazó círculos sobre la aureola de su pezón, y ella se retorció debajo de él, con los nervios en tensión. Los dedos de Munir bajaron aún más, deslizándose bajo la cintura de los sedosos pantalones, rozando el suave vello que halló entre sus muslos.

Emma se inclinó y lo besó de nuevo, pero se echó hacia atrás como un resorte cuando oyó una voz cerca de la puerta.

—Hermano, debería haberme dado cuenta de que no se puede confiar en ti —dijo Kashif, entrando en el comedor.

Para Emma fue como si le hubiesen arrojado encima un cubo de agua fría. Se apartó de él al instante y se puso en pie, tratando de estirar del tejido de su ropa hacia abajo para cubrir su pálido estómago. Deseó que Basheera hubiese elegido un caftán. De repente, se sintió desnuda, demasiado expuesta ante una bestia cruel como Kashif.

—No ha pasado nada. Nada.

—Oh, pues yo he visto bastante—se mofó Kashif, rodeando a su hermano mayor. —Ahora lo entiendo. Toda esa ansiedad antes de que la cautiva llegara al palacio. Creía que lo importante era el tratado, para obligar a esos sucios yanquis a jugar limpio. Nunca pensé que todo se debía a algo muy distinto, pero ahora ya sé por qué estabas tan dispuesto a defender a esta vaca gorda.

Munir dio un paso adelante y se giró con fuerza para pegar a su hermano, pero Emma lo agarró del brazo, deteniéndolo. —Te ha insultado —protestó Munir en un susurro.

—En realidad me secuestró según tus órdenes —respondió ella, frotándole el brazo con la intención de calmarlo. Se maravilló de la firmeza de sus bíceps.—Por favor, dejemos todo esto. Lo de la cena ha sido un error.

El Jeque tendió una mano hacia ella, pero Emma dio un paso atrás y echó a correr hacia el harén, dispuesta a que la pasión dejase de dominar sus pensamientos.

Abandonarse unos minutos en los brazos de Munir era una

cosa, pero permitirse a sí misma estar cómoda, olvidándose de luchar para encontrar su camino de regreso a casa, era algo inconcebible.

No importaba lo que su captor hubiese logrado hacer con ella ni cómo la hacía sentir.

El placer no merecía la pena si tenía que renunciar para siempre a su familia, ¿o sí?

—No sé qué me pasa—dijo, levantando las manos y deseando que las otras mujeres del harén no estuviesen observándola con recelo. Olvídalas. Puede que no fuera una deslumbrante belleza exótica como ellas, con sus largas piernas y figuras estilizadas, pero Emma era, por increíble que pareciese, la única que quería el Jeque Munir. Tragó saliva, rememorando la forma en que su mano le había acariciado el pecho. No podía permitirse el lujo de enamorarse. Su casa estaba a miles de kilómetros, y tenía que recordarlo, incluso cuando la había hecho temblar con el simple roce de sus dedos.

Basheera le sonrió y le tendió una taza de té. —¿Cree que es la única que ha tenido que luchar contra el deseo? La *Sheikha*, que en paz descansa, fue una novia negociada por su padre, en Omai, y tuvo que aprender a amar al Jeque Shadid en un matrimonio concertado. Y a mí me trajeron aquí a los dieciocho años, desde mi pueblo. Me secuestraron durante la noche.

—¿En serio? ¿Y todavía se preocupa por Shadid?

—Las circunstancias no marcan el resultado de la partida. Está confundida, porque lo que ahora siente no se corresponde con sus ideas preconcebidas.

Emma se quedó callada, asintiendo, y se quitó uno de los numerosos broches que destelleaban en su cabello, pensativa. Basheera tenía razón, en parte, pero había algo más. Se había convertido en moneda de cambio para las dichas negociaciones, y la habían estado espiando. Munir la había estado vigilando, aunque parecía entenderla perfectamente. Emma se había engañándose a sí misma durante años, y también a su familia y amigas, intentando convencerse de que era feliz, aunque nunca lo consiguió. Munir había sido capaz de verlo, de leerlo en el fondo de su alma. Y eso sí que la asustaba, esa formidable conexión.

¿Qué más podría haber visto? ¿Algo de lo que quizás ni ella misma era consciente?

Capítulo Cuatro

—Tu hermano me ha contado lo que vio, Munir. —le dijo su padre, antes de inhalar de forma sibilante con el tanque de oxígeno que descansaba junto a su silla de ruedas.

Munir hizo una reverencia, y se odió a sí mismo por ello. Su padre ya no era el imponente gigante de su infancia, no era el autoritario dictador con látigo en mano que disciplinaba a su díscolo hijo. La verdad es que ya no le daba miedo. Aquel hombre se estaba muriendo, en un año su corazón dejaría de funcionar. Era lo que habían confirmado los mejores médicos de Londres. De todas formas, seguía siendo su padre, y no importaba lo mucho que deseaba que las cosas fuesen distintas, seguía queriendo complacerle.

Esa triste parte de él seguía teniendo once años, y creía que nunca llegaría a ser el digno sucesor en el que todos esperaban que se convirtiera.

Maldición. Una parte de Munir, hacía tan sólo unos meses, había esperado que su padre le sonriera durante su coronación, pero sólo encontró una sombría resignación.

Munir mantuvo la cabeza inclinada en su reverencia y habló con tono contraído. —Le he engañado, padre.

—Lo entiendo. Lo que no entiendo es cómo puedes estar tan

confundido. Son infieles, hijo mío. Los estadounidenses no se preocupan por nuestro pueblo, nos bombardean a diario, como daño colateral de otras guerras. Ni nos respetan ni se molestan en entender nuestra forma de pensar. Y a ti se te ocurre tener una americana en el harén.

Munir tragó saliva, intentando disipar la sensación de ahogo que sentía en su garganta. Más que ahogo, era como si tuviera miles de espinas de cactus clavadas. Si iba a ser honesto con su padre, tendría que serlo en todos los sentidos. Al fin y al cabo, la boda se celebraría en breve, en cuanto se hubiese solucionado todo el asunto del tratado, y su padre por fin tendría que saber que él estaba del lado de los occidentales.

—No estará en el harén.

Tras otra ruidosa respiración, sus ojos amarillentos se clavaron en los de su hijo, como si intentara leer su mente. Tal vez podía. De niño, nunca había podido ocultarle nada, él siempre descubría sus mentiras.

—¿Cómo? No estarás diciendo lo que creo, ¿verdad, hijo mío?

—Lo cierto es que sí —respondió, con un tono que sonó demasiado débil, incluso a sus propios oídos. —La amo, padre.

El antiguo Jeque se puso en pie de un salto, con una energía que Munir creía que no volvería a ver en él. —¡En el nombre de Alá! ¡No puedes estar hablando en serio!

Se precipitó hacia adelante, incapaz de dar un paso en firme sin su bastón, al mismo tiempo que su respiración se entrecortaba. Los tubos de oxígeno se habían desprendido de su nariz, y comenzó a sentir la falta de aire. —Padre, por favor, déjeme ayudarle. Se va a hacer daño.

El viejo Jeque dio un manotazo a su hijo. De repente, Munir volvía a tener once años, el dolor de aquel suceso le afectó mucho más de lo que creía. —¡Blasfemia! No puedes tomarla como esposa, ni aunque el tratado salga bien... ¡Es una infiel! No es de los nuestros.

Munir dio un paso atrás y comenzó a pasearse por la habitación. Al diablo con su padre, si se moría allí mismo, sería lo mejor para todos. —Es una mujer increíble, y la quiero como mi *Sheikha*.

—Es inaceptable.

—Lo que usted quiera, ya no es relevante, padre.

—Lo único que importa es que podamos convencer a ese perro de Alan James para firmar el acuerdo.

—Lo cierto es que ahora el Jeque soy yo, usted se está muriendo, y Yoman ha de cambiar y adaptarse para parecernos más a algunos de nuestros vecinos, si queremos sobrevivir.

—Así que, ¿tenemos que convertirnos en occidentales? ¿Y crees que tomando a esa cerda americana como esposa lo vas a arreglar todo?

Munir cerró el puño con fuerza, con la intención de golpear a su padre, pero rectificó en el último momento. Por muy furioso que estuviera, nunca podría atacar a un frágil anciano. Sería un acto carente de honor, a pesar de que su padre le enfurecía.

—No lo sé. Pero sí sé que no puedo tener un harén de cuarenta mujeres y engañar a las que sí valen la pena, como mi madre o Basheera. Soy consciente de que no puedo darme el lujo de no claudicar en asuntos internacionales, y sé, en lo más profundo de mis huesos, que no hay mujer más perfecta para mí que Emma James. Así que, padre, o se adapta a la idea de que Emma es mi verdadera *habbibi* o siga así y le hará un favor a todo el reino.

—¿Y qué favor es ese?

—Morirse —respondió Munir, pronunciando cada sílaba con rabia —Dudo de que la gente le llore, y mucho menos con los problemas que me está tocando solucionar tras décadas de centrarse en cumplir sus fantasías en lugar de servir al pueblo.

—¿No me vas a echar de menos? — inquirió, jadeando y sentándose en su silla.

—No me has dado nada que echar de menos.

El palacio estaba fresco por las noches. Emma nunca había estado en una zona desértica, pero conocía algunos datos meteorológicos a nivel Boy Scout, como que por la noche las

temperaturas del desierto suelen descender muchísimo. La falta de luz solar, junto con los altos muros de piedra del castillo, conseguían que hasta en el más recóndito rincón del palacio hiciese fresco por la noche. Emma estaba tendida en un mullido colchón, cubierta con unas lujosas sábanas de seda de un luminoso tono coral. Le resultaba maravilloso sentir el tejido deslizándose por su cuerpo y acariciando la piel de sus brazos y piernas. Como futura *Sheikha*, tenía su propia habitación en el harén. Una deferencia de la que, aparte de ella, sólo disfrutaban Basheera, como responsable del harén, y Abdalla, que, según los rumores, era la madre biológica de Kashif. Teniendo en cuenta la prominente nariz de Abdalla y su tendencia a burlarse de todo, Emma estaba segura de que el rumor era cierto.

Después de todo, la personalidad de Kashif tenía que haber salido de alguna parte.

Tenía suerte de que el Jeque no fuese él, y de que el viejo Jeque hubiese encontrado a una mujer buena para ayudarlo a criar a Munir, convirtiéndolo en un hombre sorprendentemente tierno y generoso. Una parte de ella casi le perdonaba el secuestro. Tal vez era el hecho de estar en una tierra extraña, o el miedo que sentía en presencia de Kashif, pero empezaba a pensar que Munir estaba de su parte, y la había tratado con amabilidad. Al mismo tiempo, sentía que estaba atrapado en el papel que le había tocado representar en la vida, igual que ella, y en las expectativas que recaían sobre él. Su pueblo necesitaba un rey fuerte, con una *Seikha* a su lado, pero también necesitaba paz, tomarse un respiro de los bombardeos accidentales y de las "bajas civiles" provocadas por los

norteamericanos, que no tenían cuidado cuando atacaban la zona fronteriza con Omai.

Era consciente de cuáles eran sus deberes, comprendía que las grandes cosas que se esperaban de él eran una pesada carga. Si en ese momento Munir pudiese verla, se reconocería en su mirada.

Suspirando, Emma se recostó sobre las sábanas e intentó dormir. Pensó que era mejor relajarse y descansar, antes de empezar a asumir que aquel lugar extraño era su nuevo hogar, aunque al mismo tiempo le asustaba la delicada situación en la que la habían metido.

—Qué hermosa eres, mi *habibi*— susurró Munir con su voz seductora. Su olor impregnaba la habitación, un almizcle de macho poderoso aderezado con un toque de sudor y el omnipresente jazmín.

Ella parpadeó en la oscuridad y se cubrió instintivamente con la sábana. Durante la noche se había quitado el camisón, porque le producía picor. En ese momento, sólo le cubría el finísimo tejido de la sábana, que ella asía arrugada sobre el pecho.

—Creo que dejé bien claro que no quiero esto.

Él asintió con la cabeza, pero entró en la habitación de todos modos, cerrando la puerta. Ella sintió que su corazón se aceleraba, pero no de miedo, sino de deseo. Recordó el beso que habían compartido justo antes de que lo abofeteara, y la pasión que se había apoderado de ellos horas antes, en la mesa del comedor. Sólo con

pensarlo ya se sentía húmeda. Había sido muy osada... La niña buena, no, mejor dicho, la niña de papá, que había sido Emma antes de ser secuestrada, nunca se acostaría con Munir. No, debía luchar y protestar, sin dejar de exigir su liberación. Debía hacer lo que una perfecta chica americana se supone que debe hacer.

Pero el problema era que ella ya no era esa chica.

Había intentado luchar contra todo un equipo especializado con la misión de secuestrarla, que ya era mucho, incluso aunque no hubiese conseguido escapar. Luego había sido iniciada en un harén, y más tarde abofeteó a un líder mundial. Era más dura que la chica insegura de la pista de baile de unas noches atrás.

Y eso significaba que tenía que enfrentarse a sí misma, a los más oscuros rincones y profundos deseos que había arrinconado durante toda su vida, intentando ser siempre perfecta.

Emma se dio cuenta de que lo deseaba, en cuerpo y alma. La estaba volviendo loca, lo sentía fluir en sus venas, convirtiéndose en la fuerza que bombeaba la sangre a través de su corazón. Sin embargo, esas pequeñas degustaciones ya no iban a ser suficiente, y si pensaba visitarla de aquella manera, tentándola cual diablo en la oscuridad, acabaría por sucumbir a sus encantos.

Y disfrutaría de cada minuto.

Munir se echó sobre la cama junto a ella. Su cuerpo le resultaba irresistible, y pensó que había jugadores de fútbol de Harvard que desearían estar así de bien hechos, pobrecitos. Sus

maravillosos ojos color avellana la observaban con deseo, devorando en silencio cada curva y rasgo de su cara y cuello. Cuando su mirada se detuvo sobre la sábana de fina seda que cubría sus pechos, ella pudo distinguir las hermosas motas de oro que destelleaban en sus ojos.

De pronto, ella extendió la mano y acarició sus amplias patillas. Él gimió y metió los dedos por debajo la sábana que la cubría, tirando de ella.

Lamiéndose los labios, Munir le dedicó una sonrisa lasciva. En sus mejillas se formaron unos hoyuelos que le hicieron parecer un poco aniñado, a pesar de la barba y de su fuerte mandíbula. Una imagen entrañable.—Tienes una forma muy confusa de decir que no, princesa mía.

—Yo... un no es un no... Estoy tan cansada de luchar contra todo... de luchar contra mí misma. Antes no estabas equivocado, realmente quería una aventura. —se sinceró, señalando la interminable arena que se extendían al otro lado de la ventana. —Quería más de la vida, y tú me lo estás dando. —Emma le dedicó una sonrisa sensual y, bajando la mano, acarició la erección que palpitaba y sobresalía del tejido del pijama. —Caray, yo diría que me estás dando más de lo que muchas mujeres podrían imaginarse.

—¿Te refieres al palacio o a mi polla?

Ella se rió, sintiéndose atrevida, sintiéndose como siempre había querido sentirse. Alexis y Parker siempre fueron las más

decididas, las que sabían exactamente lo que querían, y lo tomaban, mientras que ella era la chica que se quedaba bebiendo en la barra, disfrutando de ser sólo una espectadora, resignada al modo de vida que le había tocado.

Ahora se sentía como si estuviera conduciendo un Ferrari a 300 km por hora en la autopista.

Le rozó de nuevo su duro y creciente miembro por encima del pantalón, disfrutando del gesto de placer que se dibujó en su rostro, mirando al techo, pero sorprendido por el atrevimiento. —Me refiero a ti, por supuesto. Esta noche nos servirá para darnos un respiro. Mañana, puedes volver a ser el rey de un país en medio de complicados tratados y yo la hija del senador. Pero, esta noche... Hazme el amor, Munir.

—Pensé que nunca ibas a pedírmelo, *habbibi*,—susurró, y empezó a quietarse la ropa con lentitud.

Llevaba un pijama de seda azul marino, que fue desabotonándose poco a poco. El deseo de Emma aumentó al ver su piel desnuda, con aquel tono oliváceo, en la que se dibujaban sus atléticas formas. Sus pectorales eran exquisitamente fuertes, no tanto como los de los culturistas, que le resultaban casi cómicos, sino inmensamente firmes. Sin ninguna duda, hubieran podido competir con los de Vin Diesel o Chris Hemsworth. La pasión ardía en el interior de Emma, que ya sentía su vagina lubricada y con hambre de él, y comenzó a recorrer su exótico cuerpo con los dedos.

Era perfecto, firme y cálido, con esos fuertes músculos de ensueño. De forma instintiva, se inclinó hacia delante y comenzó a acariciarle el cuerpo con la lengua, sintiendo el sabor de su piel, de su sudor, aumentando el ardor de su propio deseo al saborear a su Jeque. Munir se había acabado de quitar la camisa, por lo que ella tuvo a su disposición una interminable extensión de piel oscura con la que deleitarse. Sus manos recorrían el contorno de sus abdominales, y Munir los flexionó, incrementando su dureza y haciéndola reír.

—¿Qué te parece, *habbibi*? ¿No soy un hermoso ejemplar para futuro marido?

—Mmm... —murmuró ella, mordiéndose el labio inferior.—Supongo que sí, aunque ¿quién sabe? Quizás Kashif lo hace mejor...

Munir frunció el ceño, y sus fosas nasales se dilataron, incluso sabiendo que bromeaba. La agarró por las muñecas y le dijo con voz grave: —Eso ni en broma, mi princesa... Emma. Estoy aquí para ti, para todo lo que necesites. Déjame enseñártelo.

—Pórtate todo lo mal que quieras, Jeque...

Munir se humedeció los labios y liberó sus muñecas. Con determinación, empujó sus hombros hacia abajo, colocándola sobre la cama y apartando las sábanas. Y se concentró en su cuerpo de blanca piel. Sus manos se deslizaron en busca de su pubis, mientras la cubría el cuello de besos, rápidos y breves, que provocaban sacudidas de electricidad en ella y acrecentaban la humedad de aquel íntimo rincón

de su anatomía. Emma se moría de ganas de que sus caricias fueran bajando, y flexionó las caderas, disfrutando de la sensación de sus fuertes manos rodeándola con pasión. Mientras tanto, los besos habían dejado de ser piquitos inocentes y ahora sentía la calidez de su lengua sobre la piel. Empezó a lamerle el cuello, lo que hizo que se le erizara el vello de todo el cuerpo, y de pronto el deseo que transmitían sus fieros besos se intensificó, y notó sus dientes rozando con urgencia su epidermis.

Emma levantó el cuello para sentir el roce de su barba contra la fina piel de su pecho.

—¡Más!—suplicó ella, al sentir como sus largos y delicados dedos exploraban su vagina. Se abría camino con la sabiduría de un experto, acariciando pliegues y rincones que despertaban sensaciones desconocidas para ella.

—Puedo hacer lo que desees, *habbibbi*, esta noche y todas las noches que tenemos por delante. — Dijo, arrastrando sus besos a lo largo de su garganta y bajando de nuevo para lamer sus pezones. Su lengua se movía con rapidez, logrando que su pezón izquierdo se endureciera y ardiera de deseo. Su cuerpo entero bullía al son del palpar de su clítoris, desde donde nacía un ritmo que hacía vibrar todo su ser. Podía sentir el latido de su acelerado corazón en cada rincón de su cuerpo, tambaleando todas las fibras de su piel y fluyendo a través de sus nervios. —Sé exactamente lo que necesitas.

Antes de que tuviera tiempo de preguntar, sintió un frescor sobre su cuerpo sudado, debido a la ausencia de Munir sobre ella.

Abrió los ojos, y cuando estaba a punto de quejarse por la falta de besos, se dio cuenta de que estaba agazapado entre sus piernas, listo para darle placer.

—No tienes por qué hacerlo —le dijo ella, sonrojándose, cayendo de nuevo en sus antiguas inseguridades. —Sé que a la mayoría de los hombres no les gusta hacer eso.

—Los chicos idiotas de América con los que has salido, no saben lo que realmente excita a un hombre. —Dijo, enfatizando lo que acababa de afirmar extrayendo un dedo cubierto del flujo que había provocado su excitación, y lamiéndolo sin dejar de mirarla a los ojos. —Ni el mejor vino de la Tierra puede competir con el elixir que emana una mujer. Déjame hacer, *habbibi*.

Ella asintió y se mordió el labio, intentando no gritar ni alertar al palacio de lo que estaban haciendo. O se hubieran enterado de lo fácilmente que cedía la americana a los placeres del Jeque.

Al principio fue rápido. Sintió la punta de su lengua enterrándose en su interior, y trazando el contorno de sus labios vaginales, lamiendo con deseo. Después llegó al clítoris y comenzó a chupar esa delicada zona en la que las sensaciones se multiplican por mil, y Emma se estremeció de placer, lanzando un gemido desesperado que debió haberse escuchado hasta en la frontera con Omai, y empujó sus caderas contra el rostro de su amante.

—Ahora, por favor.

—Pídeme lo que quieras, *habbibi*. Dime cómo follarte.

—Fóllame duro. —respondió ella, con voz firme. —Fóllame ahora, Munir.

Él no dijo nada, pero se dispuso a cumplir su orden. Sintió su lengua moviéndose en rápidos círculos sobre su clítoris, y sus piernas abiertas temblaron ante la inminente erupción. Era como si un magma líquido fluyera por sus venas, como si el ardor se hubiese apoderado de ella. Él aumentó el ritmo y su lengua se retorció a una velocidad vertiginosa que hizo que ella contemplara las estrellas. Sus nervios estallaron en una explosión de sensaciones y, de repente, Emma se descubrió gritando su nombre en mitad de la noche.

Tardó mucho a sentir que había regresado al mundo real, y por fin pudo formular pensamientos racionales. Poco a poco, fue adueñándose de su cuerpo, regresando del mundo al que le había transportado el clímax, aunque aún podía sentir sus músculos contrayéndose ante tanto placer. Se deslizó como pudo hasta llegar junto a Munir, y le dijo casi sin aliento: —Ha sido increíble.

—Estoy capacitado para muchas cosas, princesa. Te puedo enseñar mucho.

—Si ahora sacas un genio de la botella y una alfombra voladora... —murmuró— voy a creer que estoy en Disneylandia.

—No lo estás —dijo, apartando uno de sus relucientes mechones dorados de su rostro —Yo soy el que ha encontrado el paraíso. —añadió Munir, abrazándola por detrás. —Mañana te mostraré qué más he planeado. Vas a tener todo lo que quieras.

Excepto mi libertad.

Capítulo Cinco

Cuando despertó, Emma se sintió un poco decepcionada y algo asustada al ver que Munir no estaba junto a ella. Al mirar por la ventana, se dio cuenta de que el sol ya brillaba en lo alto, y de que el Jeque tenía un país que gobernar, sobre todo ahora que las cosas estaban tan agitadas. No era un desprecio hacia ella, no podía serlo.

—Bueno, parece que las cosas han ido bastante bien. —dijo Basheera, cargando unas ropas en una mano y una pequeña bandeja de panecillos en la otra. —Una de las otras chicas le traerá zumo ahora mismo, *Sheikha*.

—¡Si ni siquiera estoy casada!

Basheera sonrió, con aquella sonrisa juguetona que Emma ya conocía —Puede que aún no, pero... ya le dije que rendirse al amor a veces merece la pena.

—Pero el Jeque Shadid nunca la hizo su esposa.

—Él ya había tenido esposa; murió cuando Munir tenía diez años.

La miró sorprendida y se quedó sin palabras. Sabía que el antiguo Jeque estaba enfermo pero vivo, por las noticias y las críticas de su padre durante las cenas. Emma había dado por sentado que la

madre de Munir tendría estancias privadas parecidas a las suyas, cerca del viejo Jeque, que seguía con vida y que formaba parte del bullicio del harén.

—No lo sabía.

—No tenías por qué saberlo. Munir y Kashif eran muy pequeños cuando yo vine a vivir aquí. Abdalla demostró ser poco fiable en sus obligaciones como superiora de las mujeres del harén.

—Supongo que Kashif no es mucho más leal que su madre. Lo detesto.

—No es usted la única —respondió Basheera, dejando la ropa en un diván y entregándole los panecillos.

Emma dio un bocado a uno y se le escapó un gemido, y se avergonzó. Nada podía superar a los orgasmos que le había proporcionado Munir la noche anterior, pero aquellos panecillos calientes de miel y dátiles le cosquillearon el paladar con su sabor. Con pesar, se pellizcó la cadera por debajo de la sábana, que seguía siendo lo único que cubría su desnudez, y miró a Basheera. Si se quedaba en el palacio mucho más tiempo, acabaría poniéndose como una foca. Emma ya era más voluptuosa que las otras chicas, por lo que debería vigilar lo que comía, o al Jeque dejaría de importarle.

—Están muy buenos. Naseem es un hombre de muchos talentos.

—O sea, que es un soldado que defiende el palacio, secuestra

a mujeres de Washington... ¿y encima cocina los mejores panecillos que he probado?

Basheera sonrió, y el brillo de sus ojos hizo que Emma se preguntara si ella y Naseem habían sido algo más que compañeros de trabajo. —Tiene muchas facetas. No se preocupe por lo que coma aquí. En la cultura de Yoman se considera grosero no terminar una comida. Olvide ésas costumbres tontas de modelos y actrices.

—Y también de chicas de instituto y universidad.

—Pues también. —continuó, arreglándose la trenza, y Emma notó unos débiles rastros de gris que iban apareciendo en la lujosa melena negra de la mujer. —Allá dónde fueres, haz lo que vieres, ¿verdad? Pues cuando vayas a Yoman, *come*.

Emma sonrió y tomó otro panecillo. —Sí, señora. No tiene que decírmelo dos veces.

—Por algún motivo, no creo que seas una chica fácil de convencer. Puede que Munir te haya subestimado.

Emma sonrió y se apoyó en la cabecera de la cama. —No se lo voy a poner fácil. Me preocupa y entiendo que tiene mucha presión política relacionada conmigo, pero yo no le pedí que me raptara. ¡No se puede ir por ahí secuestrando a la gente! Podía haber empezado con flores y una película.

Basheera resopló—Tiene una fecha límite, y los tratados de paz no esperan.

—Bueno, si tengo que quedarme aquí como reina, dudo que mi padre lo acepte.

Su respuesta fue una palabra malsonante en árabe que Emma no pudo entender. —Su padre es tan testarudo como alguien que no voy a mencionar. Esto no formaba parte del acuerdo original. No creo que nadie, y menos Munir, sepan cómo va a acabar todo esto.

—¿Qué quiere decir? —Preguntó Emma, lamiendo la miel de sus dedos y sonrojándose al recordar a Munir haciendo lo mismo con sus jugos la noche anterior.

—Digo, mi Jequesa, que en esta situación usted tiene todo el poder. Tenga cuidado con lo que hace con él. Está en juego el futuro de dos países.

—¡Uf! —gruñó, aplastando una almohada contra su cara. —Sin presión, ¿verdad, Basheera?

—Hoy, no. —Respondió con una voz robusta como el roble de la cama de Emma. —Hoy solo tiene que ponerse esto y tener cuidado.

—¿Pantalones de harén? ¿Me toca hacer la danza de los siete velos?

Basheera le tendió unos pantalones de color canela, unas botas de gruesa piel, y una camisa. —No, hoy montará a caballo.

Munir siempre había envidiado a los valiosos caballos árabes que su padre criaba. Era una pasión que el viejo Jeque había alimentado desde su propia adolescencia. Había adquirido ese hábito incluso antes de tener edad suficiente para unirse al ejército a los dieciocho años, según la costumbre yomaní, especialmente entre los miembros de la familia real. Después de todo, ¿cómo podría alguien gobernar un país si primero no se había desangrado por él? Siempre tuvo un talento innato para domarlos, consiguiendo que esas rebeldes criaturas hicieran lo que él quería.

Incluso cuando ya estaban amaestrados, cuando habían dejado de ser salvajes, el Jeque Shahid les dedicaba toda su atención, garantizando que tuvieran un entorno libre de estrés y que fueran cuidados por los otros entrenadores. Se aseguraba de que recibieran cariño.

Nunca aplicó los mismos métodos a la educación de sus hijos.

Aún así, los caballos criados por su padre eran los más rápidos de todo Yoman, y de esa parte de Oriente Medio. Habían ganado numerosas carreras en los climas más inhospitalarios del mundo, y su linaje valía millones. Sólo eran más apreciados los descendientes del mítico Secretariat. Eran una combinación de potencia y belleza bajo un ondulado pelaje marrón.

Munir estaba preparando a Jarib con su silla de montar, cepillando restos de piel muerta y sudor con la almohaza, cuando vio a su *Sheikha* caminando hacia él. De pronto, sintió que los pantalones le quedaban estrechos, y se dio cuenta de que se había empalmado

nada más ver a Emma. Cambiando un poco la posición de sus piernas, adoptó otra postura para disimularlo. Ella le importaba mucho, y estaba locamente enamorado, pero no quería que viera que lo tenía completamente hechizado. Le daba un poco de miedo pensar que otra persona tenía ese control total sobre él, y que, si alguna vez lo rechazara, se rompería en pedazos.

De todas formas, no pudo evitar apreciar cómo aquellos pantalones color canela abrazaban sus amplias y excitantes caderas y ensalzaban sus firmes muslos.

—*Habbibi*, ¿estás lista para montar? —Preguntó, agarrando la montura.

A él le habían enseñado diferentes estilos, pero pensó que para ella empezaría con el clásico estilo de los vaqueros norteamericanos. Resultaba más fácil permanecer en la silla, y Emma era una principiante. Se quedó con la boca abierta cuando ella se subió al caballo con facilidad y comenzó a cabalgar sólo con la brida, sin montura.

—Por favor, soy de Carolina del Norte. Monté durante años en una granja local antes de mudarnos a Washington. Vamos a ver lo que da de sí. —Sonrió, con una sonrisa traviesa que hizo que sus ojos azules se iluminasen como dos fuegos artificiales, lo que aumentó la erección de Munir e hizo que su cuerpo ardiera de deseo.

Había elegido bien, después de todo. Su *habbibi* era una mujer llena de sorpresas.

Galopó con facilidad sobre la arena del recinto. Munir montaba a su lado en otro caballo. Para Emma, aquella sensación de libertad era increíble, el viento agitando el pelo que el casco no cubría, la sensación en su estómago con cada zancada que daba Jarib. Era genial, la forma en la que su corazón palpitaba con fuerza con cada vuelta. No había montado desde el instituto, donde llegó a ser muy buena, y tenía las cintas y medallas que lo probaban. Su especialidad era el *Dressage*, toda esa elegante precisión de estilo inglés, pero los fines de semana montaba en una granja en Louisburg.

También era una excelente jinete de carreras de barriles.

Mientras cabalgaba, Munir la observaba sonriente, alucinado, como si fuera la primera vez que la veía. Después de un rato, ella se sintió incómoda ante el constante escrutinio, aminoró la velocidad de Jarib e hizo que se inclinara un poco.

—¿Qué pasa?

—¿Qué?

— Que por qué me miras fijamente en plan Forrest Gump.

—Me temo que no entiendo esa pregunta.

Claro, seguramente no había visto todas las películas americanas. Las referencias culturales se perdían en la traducción. Vaya.

—Quiero decir, —dijo ella, apartando de su cara un mechón rebelde —que no tienes por qué mirarme tan asombrado. Sé perfectamente que estoy gordita, pero...

Munir negó con la cabeza. —No, para nada. Eres todo lo que deseo en una reina. Créeme si te digo que eres hermosa, exquisita, *Emma*.

Ella parpadeó, y probablemente lo habría besado si no fuesen a caballo y estuvieran más cerca. Pocas veces la llamaba por su nombre. Lo había hecho a propósito, para enfatizar su sinceridad. Aquel dios la encontraba atractiva, y eso le derretía el corazón.

—Entonces ¿por qué me miras así?

—Tengo que confesar que no pensaba que supieras montar.

—Parece que en tus archivos no está todo sobre mí.

—Sólo abarcan desde que empezaste la universidad. Tu postura sobre el caballo es impecable, y el control que tienes... Di por hecho que eras algo así como una chica "de interiores".

—Era una chica atrapada en una biblioteca...—contestó, acariciando la crin de Jabir. —estudiando como una loca para entrar en la mejor facultad de derecho. Pero me gustan los caballos, siempre me han encantado. Además, apuesto a que soy mejor jinete que tú.

Él resopló. —No nos vengamos arriba.

—¿Aque sí?. Hagamos una carrera.

Munir detuvo en seco su caballo.—No creo que sea buena idea.

—Ah, claro. Es una de esas cosas de Oriente Medio. Una mujer humilde no puede ganar al poderoso rey, ¿no es así?

Munir lanzó una carcajada que pareció más un ronroneo, e hizo que sus muslos se estremecieran de la forma más deliciosa. —No, es sólo que soy muy bueno. Competí en derbis de adolescente. Es mejor que no lo hagamos. No deseo de humillar a mi *Sheikha*.

—Curiosa afirmación después de haberme secuestrado, drogado y metido a la fuerza en un avión. Yo diría que ya es tarde para no sentirme humillada.

Munir apartó la mirada y tardó varios segundos en responder. Casi se sentía mal por él, pero se recordó a sí misma que, por mucho que se estuviera enamorando, y por mucho placer que le hubiera dado, la forma en la que se habían conocido era totalmente inaceptable.

Por fin se volvió hacia ella, con sus penetrantes ojos de color avellana y oro, observándola con regocijo. —Si te cayeses del caballo, no podría perdonármelo nunca.

—O a lo mejor no querías admitir la derrota por parte de una mujer. Lo entiendo.

—No, yo...

Ella sonrió y clavó los talones en los costados de Jabir. —El primero en dar tres vueltas al circuito, gana. El trato es que, si yo pierdo, te contaré lo que quieras saber sobre mí.

—¿Y si ganas? —preguntó Munir—. No digo que vaya a pasar, porque te voy a dar una paliza, pero... ¿qué pasa si ganas tú, *habbibi*?

—*Quid pro quo*. Me cuentas cosas sobre ti —dijo ella, antes de emitir un chasquido y espolear a Jabir para que empezara a correr. —Ah, y empezamos ya.

Munir clavó los talones en el costado de su montura y tiró de las riendas, agachándose para ir al galope, e instó a su caballo a apresurarse, alcanzando a Emma mientras daban la primera vuelta a la pista. Era muy estimulante. Desde que había empezado a poner orden en su reino y restablecer una paz hecha jirones con América, no había tenido tiempo para sí mismo, no había tenido ocasión de hacer las cosas que amaba. El viento agitando su cabello, y la emoción de hacer una curva cerrada a lomos de tan rápido corcel, disparaban su adrenalina.

Pero no tanto como la imagen de su rebelde *habbibi*. Su amada iba por delante de él en la segunda vuelta, con los pechos balanceándose de arriba a abajo en su apretada camisola. Su cabello flotaba por debajo del casco con la fuerza del viento, y le fascinó verla así de salvaje. Le recordó a una diosa que hubiera cobrado vida, como

Diana, la cazadora, o Kali, en todo su esplendor.

De todas formas, no importaba cuánto le tentaba su imagen, ni cómo hacía que su polla latiera de placer. No iba a perder la carrera. No había perdido ninguna desde que era un niño.

Apretando con más fuerza los talones, fustigó el costado de su caballo —¡Vamos, Madeira!

El purasangre aumentó la velocidad hasta un galope que hizo que le castañearan los dientes, mientras volaban juntos por encima de la arena. Estaban entrando en la recta final de la tercera vuelta, y Emma chasqueó la lengua cuando tomaron juntos la última curva. Jabir, la estrella del establo de su padre, aceleró aún más el paso, dejando atrás, por muy poco, a Munir y a Madeira.

Su amada ya le estaba dedicando una sonrisa, y sus ojos azules parpadeaban con picardía, cuando se detuvo y desmontó a su lado. Ambos caballos quedaron atados a los postes más cercanos, y él fue detrás de ella, sin saber lo que le iba a preguntar. Estaba algo asustado. Quería ser lo más honesto posible pero, aunque él podía ver a través de ella, y sabía muchas cosas por los archivos y la vigilancia a la que la había sometido, Munir tenía miedo de que ella viera cómo era realmente. ¿Vería lo mismo que su padre? ¿Reconocería al asustado niño jugando a ser Jeque?

Oh, Alá. Que no vea nunca cómo soy de verdad, ni el fraude en el que me he convertido intentando ocupar el trono de mi padre.

—Estás muy callado —le dijo Emma, con su voz tranquila y

amable. —Creo que te he ganado por un par de segundos, como mucho. Además, nunca he montado un caballo como Jabir. Es el más rápido que he visto. Es como ir pegada a un cohete.

Él sonrió, orgulloso de los logros de aquel bello animal. Él había montado a Jabir en la última carrera en la que participó para su familia, y ganó con mucha diferencia a los jinetes de Omai. —Es cierto, pero yo estoy feliz por ti. Eres toda una revelación cuando montas.

—Entonces, ¿qué pasa? —preguntó ella, mordiéndose el labio inferior.

—Lo que pasa es que no sé si debo confiar en ti para que me preguntes cualquier cosa.

—Bueno, tú ya sabes mucho sobre mí. Apuesto a que en tus informes dice cuál es mi cereal de desayuno favorito y la marca de calcetines que uso.

—Así es, pero eso no me dice nada importante sobre ti. Sólo pistas de tu carácter indómito, breves vistazos a tu pasado, sombras de tu ambición. —respondió él, ayudándola a quitarse el casco. Acercándose más, le acarició el cabello. Era precioso, como oro hilado. Fue lo primero que lo enamoró. Era distinta que el harén, en realidad, que cualquier mujer que hubiese conocido. —Una persona no es sólo hechos.

—Pero hay cosas que nos van dando forma a cada persona. —respondió ella, tomando su mano entre las suyas. —Sé que nos acabamos de conocer, e incluso ahora no estoy segura de a dónde

nos dirigimos.

—Vas a ser mi reina.

—Algún día tendré que regresar a casa. Sabes que el tratado no funcionará si me quedo. Mi padre iniciará una guerra. Además, incluso si... tenemos el presente, y lo podemos disfrutar. Anoche disfruté como una loca.

Su acento cambiaba un poco cuando se emocionaba, se enfadaba o se, ejem, *entusiasmaba* demasiado. Munir se había dado cuenta la noche anterior, cuando le hizo un espectacular cunnilingus. Al gritar su nombre, lo pronunció con acento del sur, como los vaqueros de la televisión. Era su parte de Carolina del Norte, supuso, revelándose.

—Entonces, supongo que cumplí.

—Sabes que eres un dios. Eres muy guapo, y nunca he tenido un amante que se esforzara tanto para hacerme feliz, —añadió, besando su mejilla y deteniéndose un rato en la patilla — era como una especie de fetiche para ella.—Pero ojalá hubiera sabido lo de tu madre.

Él se quedó quieto, y trató de esconder su dolor. No era más que un niño cuando su madre murió de unas fiebres que había contraído durante una visita diplomática a otra nación. Para cuando regresó a casa, ya era demasiado tarde. Ni los mejores médicos que llegaron en avión desde Estados Unidos fueron capaces de salvarla.

Si pensaba en ella demasiado, el dolor se instalaba en su corazón y le encogía las entrañas.

—No hay mucho que decir.

—Queda todo por decir. ¿Por eso insistes en mí, y en darme mi propia habitación? ¿Vas a tener una sola esposa si acabamos juntos?, —preguntó ella, apartando su mano.

Munir lamentó la ausencia de su tacto.

—Yo la quería, y se puso enferma, se fue, y me quedé sólo con Kashif y con nuestro padre. Él dejó de tener hijos, y de intentarlo, pero Kashif siempre fue el hijo perfecto, el que podría dirigir a otros con frialdad. El luchador. Pero él no era legítimo, y yo sí.

—¿Decepcionado? —Preguntó.

—Quizás, —respondió él, aguantando la bilis que le subía por la garganta. Las bonitas palabras de su *Sheikha* eran sólo eso. No tenía ningún concepto diferente de él.

—Es difícil ser lo que nuestros padres quieren que seamos. Entre nosotros, creo que sería una mierda de abogada.

Munir abandonó sus taciturnos pensamientos. —¿Perdona?

—Siento que tu padre no sea como tú, que no sea cariñoso ni te aprecie por cómo eres, —agregó.

—Tal vez soy demasiado blando. Las formas antiguas tienen su

mérito, y han funcionado para mi gente durante milenios.

—Y tal vez exista una forma de combinar lo mejor de Oriente Medio y Occidente para crecer y respetarnos—respondió ella, tomando las riendas de su caballo y desatándolas —Ojalá pudiera verte ahora tu madre. Estaría muy orgullosa.

Munir le dedicó una sonrisa, con el corazón latiendo fuertemente en su pecho. Justo cuando pensaba que no podía amar más a su *habbibí*, ella le había sorprendido y le había llegado al alma. —Eso intento pensar los días en los que los problemas no tienen soluciones claras. ¿Emma?

—¿Sí? —preguntó mientras montaba a Jabir.

—¿Tú qué harías? Me refiero en el caso de que no te hubiese secuestrado y que tu padre no te obligara a asistir a la facultad de derecho. ¿Qué te haría feliz?

Ella le devolvió la sonrisa. —No he perdido la carrera, Munir, no tengo por qué responderte.

—Está bien, entonces yo no tengo que contarte cómo vamos a esquiar en el desierto.

Los ojos de Emma se agrandaron y lo miró con la boca abierta —¿Cómo?

—Oh, mi princesa, te queda mucho por aprender.

Capítulo Seis

—¡Dios mío! —exclamó Emma dando vueltas mientras cruzaba las puertas del Ski Dubai del centro comercial de los Emiratos.

Nada tenía sentido en aquel centro comercial. Era el lugar más grande en el que jamás había estado. No podía imaginarse cuántos días, e incluso meses, podría pasar allí de compras con sus amigas sin pasar dos veces por la misma tienda. Tenía todo lo que se podía desear, y más, en sus setecientas tiendas, y por todas partes se veía gente yendo y viniendo, cargados con bolsas de brillantes colores en un infinito ajeteo. Le llamó la atención ver a madres que llevaban a sus niños de la mano, muchas de ellas con pañuelos exóticos, y algunas incluso con *hijabs*. El complejo en sí estaba situado en el corazón del centro comercial. Sólo había que atravesar una pared de vidrio que lo separaba del edificio principal, y se accedía a un mundo completamente diferente. Había edificios falsos, chalets de piedra y pinos que creaban la ilusión de estar en Aspen o en una estación de esquí suiza.

Al acercarse a la zona de recogida de esquís, dejó escapar un grito de sorpresa. Un pingüino acababa de salir de una piscina cubierta de nieve. Aterrizó a los pies de su entrenador y lanzó tres graznidos antes de ser recompensado con un pez.

Se volvió hacia su amado con los ojos muy abiertos. —Hay un

pingüino.

—Hay unos cuantos. He oído que a los niños les encanta.

—Yo no soy una niña, pero ¡guau!, nunca pensé que esto sería así. —Por encima de ellos, Emma vio a gente montándose en telesillas para acceder a cuatro montañas de distintos tamaños, y, por extraño que pareciera, también distinguió una tirolina. Tanto hombres como mujeres, con sus túnicas por debajo del arnés, gritaban al deslizarse por el cable. —¡No puede ser verdad!

—Lo es. ¿Pensabas que volaríamos a Los Alpes cuando te dije que íbamos a esquiar?

Emma asintió y cogió los esquís que le tendía la empleada. Munir, por supuesto, había traído los suyos. De forma egoísta, ella deseó que hubiese elegido un deporte en el mostrara más piel. Aún podía ver sus hipnotizadores ojos color avellana y salpicados de oro a través de sus gafas de esquí, pero no podía deleitarse con su increíble cuerpo. Su indumentaria era de lo más elegante y sofisticada, pero no marcaba su físico.

¿No podía haber sugerido algo para lo que sólo hiciera falta un bañador ajustado?

Claro, que ella estaba muy lejos de ser una chica diez, por lo que quizás aquello era mejor. Todo el mundo parecía gordo con aquellas parkas de plumón. Era demasiado. Se había bajado del avión para entrar en la bulliciosa metrópolis de Dubai, y ahora se encontraba en un mundo alpino artificial. Francamente, a Emma no le sorprendería

si veía elfos o un muñeco de nieve parlante.

Al fin y al cabo, tenían hasta pingüinos.

Tras ponerse el traje, Emma se esforzó por no hacer el tonto como un niño mientras ascendían con el telesilla. Aquella parte no la asustaba, pero como esquiadora novata, le aterrorizaba chocarse contra un árbol falso o contra otro esquiador bajando la montaña - también falsa. La parte de acurrucarse en el fornido pecho de Munir, disfrutando de sus musculosos brazos alrededor... Eso sí que podía hacerlo todo el día.

Cuando llegaron a la cima, se sorprendió de estar en una superficie plana, como una meseta sobre una ladera.

—¿Qué es esto?

—Es la pista de principiantes, *habbibí*, la más fácil de todas. Es la más adecuada, a menos que sepas esquiar perfectamente y tampoco tengamos esa información. —comentó, sonriendo.

Ella se sonrojó, luchando contra las emociones que convergían en su interior. Por un lado, se angustiaba cada vez que él mencionaba a su equipo de mercenarios, los hombres que, incluyendo a Kashif, la habían secuestrado. Era como si Munir creyese que si le quitaba importancia y hacía aquellas bromas, le restaba gravedad a lo que había sucedido. Parte de ella estaba empezando a sentirse agradecida de que un hombre tan sexy, dominante y educado la hubiera convertido en su amante. En su premio. Pero por otro lado, echaba de menos a su familia y le dolía pensar que quizás nunca

volvería a casa.

—*Habbibi*, ¿he dicho algo malo?

—No... Es que... Yo... Es todo tan abrumador... —suspiró—. Es cierto que nunca he esquiado, pero no soy una niña.

Emma señaló a un niño de unos cinco años que logró esquiarse dos metros antes de chocarse contra su madre. Emma no entendía cómo las mujeres árabes podían esquiarse con los pañuelos puestos. ¿No les molestaba? ¿No era peligroso? Se alegró de que Munir aceptara las costumbres occidentales y no le había dictado cómo debía vestirse, cuando en realidad tenía poder para hacerlo.

Él sacudió la cabeza y, girándose, se lanzó por la moderada pendiente a una velocidad increíble. Usando sus bastones, inclinó las caderas a un lado y a otro, una habilidad que le hizo preguntarse si la pondría en práctica en el dormitorio. Munir acabó la bajada y, en un instante, ya estaba subiendo otra vez con el telesilla.

Al llegar a su lado, lo hizo con una enorme sonrisa.

Emma se dobló por la cintura, muerta de risa. —Te gané en una carrera de caballos y eliges un deporte que nunca he practicado. Ya veo.

—No, sólo quería mostrarte la ingeniosidad del mundo del que provengo. Muchos americanos, como tu padre, piensan que somos unos salvajes que vivimos en tiendas de campaña con camellos. Mi mundo es hermoso, y esta es sólo la punta del iceberg.

—Desde luego, hace frío. —dijo, frotándose las manos. Las tenía heladas a pesar de los guantes. —No se me ocurriría pensar eso de ti ni de estos países. Lo único que desearía es que no me hubieseis secuestrado.

—A todos nos gustaría que las cosas fuesen diferentes —dijo, evasivo—. Ahora, déjame mostrarte cómo bajar por la pista. Te va a encantar.

—¿Cómo lo sabes? ¿Qué pasa si me choco con alguien?

Se colocó detrás de ella, restregando sus caderas contra las suyas. Emma se sonrojó, pensando en lo ocurrido unas noches atrás, cuando hicieron el amor y aquella lengua alcanzó los más profundos rincones de su interior. Era evidente que había otro motivo por el que había escogido aquel deporte en particular.

—Verás, *habbibi*, lo importante es el movimiento de las caderas...

Si seguía restregándose de aquella forma, Emma iba a estar muy de acuerdo con él.

Munir tuvo que admitir que se estaba empezando a preocupar por todo el tiempo que estaba tardando Emma en su vestidor de la suite del Grosvenor House. Esa había sido una de las cuestiones decisivas a la hora de escoger entre todos los hoteles de lujo. Habían pasado cuatro días desde que hicieran el amor por primera vez, o *más*

exactamente, desde que él le había dado placer, y cada vez se sentían más unidos, al haberse derribado algunos de los muros que los separaban, pero ella seguía siendo un poco arisca. Todavía existía la posibilidad de que él dijera algo malo, o de que hiciera un movimiento en falso, y acabara de golpe con todo el progreso que había conseguido. Por lo que era esencial tener una suite con dependencias para cada uno, y una sola cama, por supuesto, pero dejando que ella tuviera su propio espacio. Quería que sintiese que podía tener privacidad, para darse un respiro y descansar. Es cierto que se habían conocido de una forma poco convencional, pero su adoración por ella era real, y el modo en que le atraía era lo más auténtico que jamás había experimentado.

Emma tenía que verlo desde ese punto de vista.

Sin embargo, había pasado más de una hora desde que regresaran de la cena, y estaba preocupado. Quizás había dicho algo que la había molestado, o puede que estuviera enferma. Tal vez los caracoles no habían sido de su agrado. Armándose de valor, se levantó y llamó a la puerta de Emma.

—*Habbibi*, ¿estás bien?

—¡No entres! —exclamó ella.

Él parpadeó, preocupado de haberla puesto en una situación embarazosa. —¿Necesitas ayuda? ¿No te ha sentado bien la cena?

Ella resopló desde el otro lado de la puerta. —No es eso... es una tontería.

Munir giró el picaporte y entró. Si su amada estaba enferma, necesitaría ayuda. Pero lo que vio le hizo la boca agua. Ante él, Emma estaba vestida con los velos tradicionales del harén. Envuelta en varias telas de colores, de tonos claros y oscuros de violeta, coral y turquesa. El velo exterior era el más fino, y le cubría el rostro y el resto del cuerpo. A través del tejido traslúcido, pudo distinguir la cadena que llevaba alrededor de su cintura y los cascabeles de los tobillos.

Llevaba siete velos.

Siete tejidos de brillantes colores, creados con la misma delicada seda.

Sus ojos resaltaron cuando se volvió a mirarlo a través de una ranura en el velo. Los había maquillado con kohl oscuro y sus pestañas eran largas y espesas, muy negras. El conjunto hacía que sus ojos pareciesen aún más azules, como dos bellos zafiros brillando en la noche del desierto.

Emma se sonrojó y apartó la mirada. —Ya sé que estoy ridícula. Sólo quería... Basheera me ha enseñado la danza de los siete velos, y quería demostrarte que lo estoy intentando.

—¿Intentando qué?—Preguntó, sin saber si Emma había captado el tono profundo y gutural de sus palabras. O si había notado el enorme bulto de sus pantalones.

—Entender tu cultura, para que veas que me la tomo en serio —dijo frunciendo el ceño y torciendo los labios de una forma deliciosa.

—Todavía no entiendo la parte del secuestro, pero estoy segura de que las otras mujeres del harén conocen este baile.

—Quizás Basheera se haya excedido. Sí, ella y muchas de las mujeres del harén han bailado para mi padre, pero yo nunca lo he pedido. Y francamente, *habbibi*, dudo que otra mujer pudiera tener un aspecto tan fenomenal como el tuyo.

Ella se sonrojó de nuevo y, animada por sus palabras, salió a la zona principal de sus aposentos. Su sonrisa pasó de tímida a coqueta, había algo encantador y deliberado en la forma en que su lengua jugaba con sus labios. Conectando su iPod, otro regalo de Munir, Emma presionó los botones y la melodía principal de la película *Salomé*, empezó a sonar, con flautas y castañuelas que invadieron la suite a todo volumen.

Munir se tumbó en el sofá, observándola. La primera parte de la danza era una sutil provocación. El velo mayor la cubría como una manta, y ella iba bailando, paso a paso, sobre las puntas de sus pies, al compás de la música. Dejó caer el primer velo de color lavanda, que aterrizó lentamente sobre la alfombra. Al hacerlo, descubrió una hermosa diadema que adornaba su cabeza como una corona, y en la que destelleaban unos preciosos diamantes. El sexto velo era de color dorado, algo más grueso, y le envolvía las caderas. Al girar el hombro izquierdo hacia Munir, lo sacudió un poco, haciendo que la prenda se deslizara hasta el suelo.

Quedaban cinco...

El resto de las telas estaban colocadas de forma más creativa y estaban poniendo al Jeque más caliente de lo que se hubiera imaginado. Llevaba una banda alrededor de sus bonitos pechos, decorada con brillantes parecidos a los de la diadema. Otros dos velos colgaban de aquella, y vibraban vaporosos con el baile, de una destreza que resultaba sorprendente. Emma tomó los dos largos velos color malva que tenía sobre el pecho, como si fueran alas. Se movió con arte, con una gracia y una fluidez que no había percibido sobre el caballo. Mientras bailaba, iba girando en su coreografía, haciendo que las telas de color malva se abrieran como alas. Logró tal velocidad que, por un momento, Munir pensó que se iba a elevar del suelo. Al mismo tiempo, la música de fondo aumentó el tempo, y la percusión coincidía con el ritmo de su corazón, como si se pudieran oír sus latidos en toda la habitación.

Emma dejó caer los dos velos, dejando su torso expuesto, a excepción de la enojada banda. Él se humedeció los labios y se deleitó con las vistas: curvas de pálida piel y pechos casi desnudos para su disfrute, moviéndose con un movimiento hipnótico mientras su estómago se ondulaba a un ritmo frenético.

El tercer velo estaba envuelto alrededor de sus caderas, como un cinturón, una hermosa banda de seda de color cremoso. Se giró para soltárselo y se lo colocó sobre los hombros, girando de nuevo para convertirse en un torbellino de color. Lo dejó caer y ya sólo quedaban dos largos y finos velos, que colgaban de la cintura de su ropa interior recubierta de joyas. Empezó a girar, cada vez más rápido, como un remolino. Los velos la envolvieron como un manto de colores.

AMunir se le hacía la boca agua y su erección estaba a punto de hacer estallar sus pantalones, mientras contemplaba sus pechos, su estómago y sus muslos.

Emma dejó caer los dos últimos velos y terminó el baile, quedándose completamente inmóvil, con las manos extendidas con elegancia.

Él se puso en pie de inmediato y empezó a aplaudir con entusiasmo, como si estuviera frente al mayor espectáculo que jamás hubiese visto.

Aquella mujer era un tesoro, su diosa, llena de sorpresas.

Emma jadeaba, su pelo era una maraña y sus labios se abrieron tentadoramente para tomar grandes bocanadas de aire. —¿De verdad te ha gustado?

—No, aplaudo por educación—contestó, sonriendo al mismo tiempo. Inclínándose, la ayudó a incorporarse. —*Habbibi*, nunca he visto a nadie del harén hacerlo mejor que tú; no he visto nada tan erótico y maravilloso en toda mi vida.

La piel de su rostro estaba roja como un tomate, y sus intensos ojos azules apartaron la mirada —No hace falta que exageres.

Él la rodeó con sus brazos y la estrechó contra su pecho. Respirando hondo, acarició la parte inferior de su pálida barbilla con dos dedos.

—*Emma*, mi amor, no miento. Eres la mujer más increíble que conozco, siempre con ganas de aventuras, y no puedo imaginar un espectáculo más bello y atractivo que tus caderas. —continuó, acariciándola. —Estás hecha para la danza del vientre.

Ella sacudió la cabeza y dio una palmadita en sus caderas. —Bueno, al menos estas curvas sirven para algo.

La besó en los labios, furioso con la brutal cultura de la que provenía, con los Estados Unidos, por hacerla creer que no era atractiva. Munir se prometió a sí mismo que dedicaría el resto de su relación a hacerla sentirse hermosa, a romper el condicionamiento occidental y a neutralizar los mensajes que afirmaban que sólo se puede ser hermosa siendo delgada como un junco y lo más plana posible.

Qué idea más ridículas.

—Forma parte de ti, y eres todo lo que siempre he deseado.

Ella sonrió y, para su disgusto, se separó de él. Se dirigió al cuarto de baño, moviendo las caderas con la misma cadencia seductora que había empleado durante la danza de los siete velos, y se apoyó en el umbral. Su sonrisa se agrandó. Su chica de Carolina del Norte era más descarada de lo que la misma Emma se imaginaba.

Doblando el dedo índice a modo de llamada, le susurró —¿Sabes que hay un jacuzzi del tamaño de una piscina?

Él le dedicó una sonrisa cargada de intenciones y se quitó la

camisa, quedándose sólo con unos pantalones de algodón ligero. Tras pasar por delante de ella, abrió el grifo del jacuzzi y se metió a la bañera.

Emma comenzó a balancear sus caderas mientras se quitaba lentamente la ropa, deslizado la banda del pecho de forma tentadora, dejando sus senos al descubierto, y deshaciéndose de las braguitas. Lo único que le quedaba era la diadema decorada con brillantes que cubría su cabeza. Las tobilleras de castañuelas y la cadena que rodeaba sus caderas, ya estaban en el suelo.

Munir esperó un poco para activar los chorros, ya que aún no estaban cubiertos por el agua. Sin embargo, tenía un bonito espectáculo mientras esperaba a que el agua caliente le llegara a las caderas, su *habbibí* continuaba bailando para él.

Emma no sabía muy bien qué se había adueñado de ella. Cuando Basheera insistió en que practicara la danza antes de ir con Munir a Dubai, Emma sólo lo había hecho para complacerla. Era una forma de hacerla feliz, y de conseguir que Basheera, siempre persuasiva, dejara de presionarla con el tema. Incluso con los velos en la maleta, no tenía intención de ni siquiera intentarlo. Sin embargo, el esquí había sido tan romántico, con Munir enseñándole y aconsejándole pacientemente, seguido de una fantástica cena, que también quiso hacer algo por él.

Ahora se encontraba de pie, desnuda, delante de él,

permitiéndole ver su cuerpo cómo no lo había visto antes, no como cuando habían hecho el amor en su dormitorio bajo la luz de la luna. Era distinto. Él podía verla bien, notar las imperfecciones de su cuerpo, algo que también era importante. Debía aceptarla en su totalidad, tal y como era, eso era lo más importante. Emma observó cómo el agua iba ascendiendo en la bañera, cubriendo su erección, ocultándole la gloriosa visión de ése miembro preparado para la acción. Se balanceó a un ritmo que sólo ella oía, deslizando las manos sobre sus pechos, acariciándolos con los dedos.

—Haz que tus pezones se pongan duros, *habbibi*—le pidió.

Emma no necesitó más instrucciones. Manteniendo la mirada de aquellos ojos color avellana, retorció su pezón derecho delicadamente entre los dedos. No fue difícil lograr que se pusieran erectos, no con Munir observándola, lamiéndose los labios y acariciándose a sí mismo mientras ella jugaba con sus aureolas. Cuando su mano derecha empezó a acariciar el otro pezón, la izquierda fue deslizándose hacia abajo, moviéndose seductoramente por encima de su ombligo y deteniéndose justo donde empezaba el ensortijado vello de su entrepierna.

—Más abajo—ordenó él— Muéstrame cómo te acaricias.

Tragando saliva, ella asintió con la cabeza y enterró sus dedos en los rizos. Munir inhaló profundamente y ella sintió cómo se humedecía. Bajando más la mano, abrió los pliegues de su vagina y comenzó a acariciarse los labios rítmicamente. Sus dedos estaban calientes y le resultaban muy agradables, no tanto como los fuertes y

expertos dedos de Munir, pero era excitante.

—¡Más, mi amor! —le pidió.

—Sí, mi Jeque—respondió ella, sin apartar la mirada, fascinada por cómo su excitación hacía que sus ojos parecieran aún más dorados.

Su mano derecha seguía jugando con sus pechos, acariciando los pezones ya erectos. Con la izquierda se atrapó el clítoris y comenzó a estimular esa zona hipersensible. Sentía los dedos empapados con su propia humedad, y por un momento perdió el equilibrio y casi cayó de rodillas.

—¡Oh, Dios! —aulló, encantada de que su amante la estuviera observando e impaciente por lo que vendría después.

El zumbido del jacuzzi la sacó de su ensueño. Relajó las manos y contempló las burbujas que se formaban en el agua, dibujando una mueca en su rostro al darse cuenta de que ya no podía ver el miembro de Munir asomando.

—¿Qué planeas, querida? —Preguntó en un susurro.

Ella se humedeció los labios y se deslizó dentro de la bañera, sintiendo el agua caliente en su piel. Se acercó al pecho musculoso de Munir y se relajó en su abrazo. A continuación, se estiró y le dio un beso. Emma presionó su labio inferior entre sus dientes, con suavidad y pasión al mismo tiempo, sintiendo el roce de su robusta mandíbula, que podía ser la envidia de cualquier superhéroe. Su barba le arañó la

lengua y ella se detuvo, entre risas.

—Ahora, mi Jeque, voy a daros placer.

Él le devolvió la sonrisa y pasó un dedo sobre sus pezones, y ella gimió al sentir su contacto. Su imaginación no era tan buena - era imposible - como la realidad.

—Creo que eso me va a gustar mucho, *habbibí*.

Cambió de posición para tenerlo frente a ella, y empezó recorriendo con las manos los fuertes músculos de su estómago, entreteniéndose en los abultados abdominales, y sintió el deseo de lamerlos. Agachándose, pasó la lengua de un lado a otro por aquella apetitosa tableta de chocolate. Su clítoris seguía latiendo con el sabor de su cuerpo. Al descender aún más, se topó con la enmarañada mata de vello que precedía a su erección.

Le agarró los testículos, masajeándolos entre el pulgar y el índice de la mano izquierda. Con la derecha le agarró el duro miembro y sacó la lengua para rozar el ancho capullo rosado. Apesar del agua, pudo saborear su almizcle, el líquido preseminal que brillaba en la punta, y que sabía a virilidad encarnada, como el mismísimo Munir.

Él gimió y puso los ojos en blanco. —Eso es trampa, *habbibí*.

—Muchas cosas son trampa... —respondió, extendiendo su lengua para abarcar todo el glande. Empezó a moverla más rápido, y le encantó la forma en que su polla respondía ante sus estímulos. Decidió dejarse de preliminares y se introdujo el miembro en la boca, tras lo

que se desató en ella una explosión de energía, moviéndose hacia arriba y hacia abajo por toda la longitud de su verga, tensando el cuello y los hombros con el esfuerzo. Sus manos seguían acariciándole los testículos, y al sentir cómo se sacudía la gloriosa polla de Munir, supo que no iba a aguantar mucho más.

Perdió el ritmo sólo un instante, a pesar de sentir su mandíbula exhausta. Fue cuando las manos de él le tocaron los pezones de forma inesperada, pero Emma enseguida recuperó la concentración e intensificó sus movimientos mientras el sabor de él en su deseosa lengua la volvía loca. Fue entonces cuando sintió la última sacudida de su polla al correrse, derramando su leche en su boca. La lamió con avidez, tragando con unas ganas que nunca había sentido con otros amantes.

Bueno, “amantes” no era la palabra adecuada.

Habían sido *chicos* torpes en la oscuridad.

Munir era un hombre, el primer amante de verdad que había tenido, el único que había logrado arrancar de su cuerpo esos alucinantes orgasmos y llenarla de deseo.

Terminó de tragar su semen y se apoyó en él, dejando que una de las manos de Munir jugara con sus pezones y la otra le acariciara la palpitante vulva.

—Te amo, *habbibi*—dijo, besándole el cuello. —No lo olvides.

—Lo sé —dijo ella, con un suspiro. —Me gustaría que eso fuera

todo lo que necesitamos, que no fuésemos de mundos distintos.

Le acarició su empapado pelo rubio que se le había quedado pegado a la frente. —El amor siempre encuentra un camino, querida, siempre.

Munir tarareaba de camino al mostrador de recepción. Había dejado a Emma durmiendo y, aunque podía haber llamado por teléfono para que prepararan su sorpresa, no quería arriesgarse a que ella escuchase. Su *habbibi* tenía el oído de un sabueso, y una curiosidad insaciable. Por eso, merecía la pena levantarse temprano y salir a hurtadillas para encargarse de un delicioso desayuno que tomarían en la espléndida terraza del edificio. Quería que viese Dubai con la salida del sol.

Su móvil sonó mientras esperaba a que el jefe de recepción terminara de gestionar su encargo. Munir sonrió y sacó el teléfono del bolsillo, pero frunció el ceño al ver en la pantalla el nombre de su padre en vez del de su amada. Apesar de que ya no ostentaba ningún poder, el anciano seguía siendo capaz de amedrentarlo, pero no era buena idea ignorar su llamada y hacerle un desprecio. Suspirando, Munir contestó.

—Padre, ¿qué ocurre?

—¿Tienes a nuestra rehén de vacaciones en Dubai?

—No es nuestra rehén,—dijo entre dientes, haciendo un gesto

al conserje y apartándose a un rincón más tranquilo.

—Hijo, te has vuelto blando. No, ¿qué estoy diciendo?
—continuó su padre—Siempre has sido un blando. No sabes nada de política ni de poder. Te has enamorado de nuestra moneda de cambio. Tendría que haber dejado a Kashif que negociara el tratado desde el principio. Tú no estás hecho para esto, no eres competente.

—Regreso en un par de días. Lo hablaremos entonces, y de cómo abordar las negociaciones con el senador James, lo prometo.

—Tus promesas no significan nada. Hijo, no me enorgullezco de lo que estoy haciendo, pero tus carencias me entristecen.

Escuchó un clic y el corazón se le aceleró. Le gritó algo ambiguo al recepcionista, prometiéndole que volvería más tarde, y corrió hacia el ascensor, en el que pulsó de un golpe el botón del último piso. Maldijo la lentitud del aparato, que tardaba mucho a subir, y al llegar a la suite comprobó que había sucedido lo que tanto temía.

La puerta estaba entreabierta y la habitación era un caos...

Y su *habbibi* no estaba.

Capítulo Siete

Emma despertó y se estiró. Tendió una mano en busca de su amado, pero sólo halló un hueco frío. Incorporándose, parpadeó ante el sol de la mañana. Por la ventana vio la hermosa luz anaranjada que se derramaba sobre la arena del desierto. Aquellos enormes rascacielos y hoteles bañados en luz, hicieron que fuera aún más consciente de lo lejos que estaba de casa. Era un paisaje bello, exótico e imponente, pero no era su hogar. Podría serlo algún día, pensó, y ese pensamiento ya no hacía que se le revoliera el estómago. Por el contrario, se sentía más tranquila. El desierto era precioso, y la enorme extensión de arena y bella arquitectura del palacio de Munir en Yoman, eran más deslumbrantes todavía.

Por primera vez, Emma pudo verse a sí misma dejándolo todo y viviendo felizmente con Munir. La noche anterior, no había sido capaz de decirle que lo amaba, pero estaba empezando a sentirlo en la profundidad de sus huesos, y ya no podía mentirse más.

Con una sonrisa en el rostro, Emma se levantó y se vistió. Aquello de engalanarse con velos y adornos orientales había sido algo puntual, para una ocasión especial, por lo que eligió unos pantalones vaqueros y una camiseta suelta de color coral claro. Munir pronto estaría de vuelta de donde fuera que hubiese ido, y ya sentía curiosidad por saber qué tenía preparado para ella. Todavía no había visto todo lo que Dubai ofrecía. Quedaba mucho por hacer.

Veinte minutos después, oyó un ruido al otro lado de la puerta, y, desconcertada, se levantó del sofá y se acercó a la mirilla.

—¿Te has olvidado la llave, mi Jeque? —preguntó, con tono juguetón.

Al escuchar un golpe, retrocedió. Tras otros tres impactos, los goznes de la puerta comenzaron a ceder. Chillando, se abalanzó sobre su móvil y, cuando estaba a punto de llamar a Munir, la puerta se abrió. Ante ella aparecieron cuatro hombres ataviados con pasamontañas y ropajes oscuros, cada uno con un fusil automático. Un quinto, vestido con uniforme militar, le sonrió con una familiar malicia.

—¡Kashif! —Gritó Emma, retrocediendo hasta una esquina y blandiendo su teléfono como si con él pudiera hacer algo para detenerlo —¿Qué demonios haces aquí?

—Órdenes de mi padre. Se te ha tratado demasiado bien, zorra americana. —sacudió la mano delante de ella. —Créeme, será todo un placer. Supongo que ya no te crees tan graciosa, zorra.

Emma sacudió la cabeza y gritó cuando los hombres avanzaron hacia ella. Trató de darles patadas, pero no consiguió hacer contacto. La esquivaban con facilidad y se movían muy rápido, hasta que acabaron rodeándola. Dos de ellos le inmovilizaron los brazos en la espalda. Revolviéndose, profirió una sarta de maldiciones, pero no le sirvió de nada. La suite del ático estaba asilada del resto del edificio, en su propia planta. No había ningún residente ni personal de limpieza que la pudiese oír por casualidad.

Kashif se acercó amenazadoramente y la golpeó en la mandíbula con la culata de su rifle. Ella cerró los ojos ante el dolor, que era mil veces peor que la última vez, puesto que aún tenía la zona dolorida. Intentó mantenerse despierta, luchando desesperadamente para no perder la conciencia, pero comenzó a sentir un remolino que la arrastraba.

—¡No vas a salirte con la tuya!

Kashif sonrió, mostrando una dentadura amarillenta y con algún que otro hueco. Era tan horrendo como su hermanastro atractivo.
—Ya lo he hecho.

Emma se desmayó.

Cuando se despertó, estaba encadenada a una pared con un enorme grillete que le había hecho un corte en el tobillo izquierdo. El calabozo en el que se encontraba -era la única palabra para definirlo- no tenía nada más que unas frías paredes de piedra, una larga fila de barrotes de hierro a un lado, y unas cuantas ratas y lagartos que se deslizaban por las esquinas más oscuras. Había una ventana en la parte superior, abierta en la propia roca, que dejaba entrar la luz, pero incluso estando el sol en lo más alto del cielo yomani, la iluminación era muy tenue.

Las lágrimas corrían por sus mejillas, y Emma sintió su corazón latiendo con fuerza en su pecho. Tenía todo el vello del cuerpo erizado. Se acurrucó sobre sí misma, sacudida por temblores de terror.

—Dios mío... ¿Dónde estás, Munir?

—No te va a encontrar. Estamos en una antigua alcazaba de nuestro ejército. No soy tan estúpido como para encerrarte en el palacio.

Ella parpadeó en la oscuridad y le preguntó —¿Por qué me atormentas? Sé que no puedes matarme, me necesitas como moneda de cambio para el gobierno de Estados Unidos. Si me pasa algo, mi padre declarará la guerra a Yoman, y se vengará con todos los jodidos misiles que tenga. Sinceramente, aparte de Munir y Basheera, os pueden dar por saco a todos.

Kashif se rio al otro lado de los barrotes y se acarició la barba. La llevaba tan espesa y desaliñada, que a Emma no le sorprendería ver bichos cayendo de ella mientras se la atusaba. ¿Cómo era posible que unos mismos genes pudieran haber creado a dos hombres tan diferentes? Uno era como un ángel vengador, y el otro poco más que un monstruo.

—Eso no va a suceder. Vas a hacer lo que te digamos, zorra americana, y te enviaremos de vuelta al maldito país al que perteneces.

—Sé que te mordí, pero no entiendo por qué me odias tanto.

Kashif sacudió la cabeza, y Emma se dio cuenta de que había ocultado la mano detrás de la espalda. —Odio a tu país, a tu gente, y a todo lo que representas. Eres frívola y perezosa. Mira toda esa grasa que te cubre, asfixiando tu corazón. Eres un síntoma de la patología de

tu propio país. Americanos como tú, zorra, engordan y se sobrealimentan mientras mi pueblo se muere de hambre y sufre con los bombardeos de tu nación. No te odio, Emma. Mi odio va mucho más lejos.

Ella frunció el ceño. Nunca la había llamado por su nombre. Sonaba diferente a cómo se había imaginado, y sus labios se curvaron al pronunciarlo, haciendo que sonara como si fuera una broma cruel.

—¿Qué odias, entonces?—Preguntó ella, con la voz rota.

—No te odio como persona. No te conozco. Odio todo lo que representas, el lugar del que vienes. No mereces el lujo que mi hermano te ha ofrecido, ni *pensar* que podrías convertirte en Jequesa. Yo mismo te mataría, antes que dejar que una infiel ocupara el trono de mi país.

—Yo no quiero ningún trono. Una parte de mí quiere a Munir, y desearía que fuésemos dos personas normales enamoradas, pero no tengo ningún interés en ser reina de Yóman.

—Estupendo —dijo, alejándose —Porque lo único que vas a ser de Yóman es su prisionero más valioso.

De repente se giró y la miró ávidamente. Emma se estremeció y se acurrucó contra la pared. Había algo en su mirada, algo primitivo. Temía lo que podría sucederle si Kashif regresaba, si le daba por pasar al otro lado de los barrotes.

Nada bueno.

Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y, a pesar de intentar reprimirlo, un lamento se escapó de entre sus labios —Oh, Munir... ¿dónde estás?

—Padre, tenemos que hablar. ¡Ahora! —Exigió Munir, irrumpiendo en las dependencias de su padre.

El anciano estaba sentado en la cama, con los tubos del tanque de oxígeno por todo su rostro. A pesar de su fragilidad, mostraba un aspecto más regio hoy que durante todos los años de su reinado. Se incorporó muy tieso contra el cabecero de la cama, la barbilla sobresaliendo en señal de autoridad. Munir pudo ver al gigante de anchos hombros que le golpeaba de niño cada vez que desobedecía. Se había convertido en el cruel déspota que ordenó el secuestro de Emma, pero esta vez no dejaría que se saliera con la suya. Ahora el soberano era él.

Ya no era un niño.

E iba a salvar a su *habbibi*.

—Hijo, pareces enojado.

—Sabe de sobra que estoy cabreado. He vuelto tan rápido como he podido, en cuanto he descubierto que Kashif se ha llevado a Emma.

—Pretendes tener una novia occidental.

—¡Pretendo hacer de la mujer que amo mi esposa y mi *Sheikha*!

Su padre se sacó los tubos de la nariz y sacudió la cabeza.
—Ya te he explicado que lo único que necesitamos de ella es que sirva a nuestros propósitos. Su padre firma los tratados de derechos y tendremos protegida a nuestra Yoman. Y ella se irá en el primer avión, lejos de nuestra casa.

—La amo.

—Eres un blando, y si Kashif fuera legítimo, lo convertiría en gobernante. Fue un error cederte el trono, todavía me quedan fuerzas.

Las entrañas de Munir ardieron de furia y se abalanzó sobre su padre. Los días de cortesías y respeto habían terminado. Tras sujetarle por la garganta con una mano, se deleitó con la forma en la que los ojos del anciano se abultaron. Su piel había adquirido una palidez gris, y comenzó a revolverse. Los guardias de la habitación dieron un paso hacia ellos, y Munir negó con la cabeza.

—No lo voy a matar. No vale la pena. Además, yo soy el Jeque de Yoman, un cargo que me pertenece desde hace ya tiempo, y este hombre no es más que una sombra de lo que fue.

—Hijo... —protestó su padre.

Munir apretó un poco más fuerte y, por una vez, su padre calló.—No. Me ha sermoneado durante más de treinta años. Se acabó. Ahora escúcheme a *mí*. —Su padre asintió, tratando de complacerle. Demasiado tarde. —Tiene doce horas para entregármela, o firmaré

cualquier acuerdo que me presenten los americanos, incluso si nos convierte en una colonia suya, o desmantelan todo el palacio.

Los ojos de su padre se agrandaron con horror, pero Munir continuó.

—Y si no está conmigo en menos de veinticuatro horas... no le mataré. No soy como usted ni como Kashif; no querer asesinar no es una flaqueza, es una fortaleza. Pero no tengo que matarle para hacer que se sienta desdichado. Me basta con encerrarle en un cuarto sin todos esos lujos que tanto le gustan. Será un viejo solitario con su botella de oxígeno, como si estuviera en una de esas residencias americanas para ancianos. ¿Entiende? Si no me la devuelve, va a consumirse en la soledad tan seguro como que ha planeado el secuestro de Emma.

Su padre asintió y tomó aire cuando Munir lo soltó.

—Pronto la tendrás.

—Eso espero, o haré cenizas de este país.

Basheera sacudió la cabeza cuando Munir entró en el comedor. No había comido nada en las diez horas que transcurrieron desde que descubrió la ausencia de Emma en Dubai y, aunque su estómago se revolvía con ansiedad, lo único que picaba eran los panecillos dulces y los dátiles. No podría pensar, si su nivel de azúcar en sangre estaba por los suelos. Su antigua amiga lo miraba con

desdén.

—Eres un tonto, Munir.

—No pensaba matarlo. Basheera, sé que todavía le eres leal a mi padre, pero lo que ha hecho es cruel.

Ella sacudió la cabeza. —Esta vez Shadid se ha excedido, y lo amo lo bastante como para saber cuándo está actuando como un tonto aún mayor que su hijo. No me refería a eso.

—¿Tú también sabías que no le mataría?

—Eso esperaba cuando oí los rumores que se extendían por el palacio. Siempre he sabido que hay algo en ti que te hace mejor que tus antecesoras, que tienes una nobleza regia que Yoman no ha visto en décadas. Espero que te de la fuerza que necesitas para ser el Jeque que traiga la paz a nuestra castigada tierra.

—Entonces, ¿por qué niegas con la cabeza?—Preguntó, inclinándose hacia ella.

—Porque podrías haber hecho mejor las cosas. Shadid tiene que darse cuenta de que ya no es rey. Ya no tiene el control y, por eso, hijo mío, estoy orgullosa de ti. —continuó ella, abrazándolo con fuerza.

Él le devolvió el abrazo. Su madre había muerto hacía mucho tiempo, pero tuvo la suerte de que Basheera se hiciera cargo de él para ayudar a criarlo. Las mujeres del harén no siempre eran amables. A menudo, los celos y las intensas emociones por competir por una

posición, hacían que se concentraran solamente en el propio Jeque. La madre de Kashif odiaba a Munir tanto como parecía hacerlo Kashif, siempre buscando excusas para pegarle o para que le pegara su padre. Basheera –que por desgracia no tuvo hijos- nunca había sido así. Ella era la madre suplente que Munir tanto había necesitado en su complicada juventud, y siempre le estaría agradecido.

—Gracias, Basheera. Eso significa mucho para mí.

—Entonces, me arrepiento de no haberte enseñado mejor. La victoria requiere de astucia.

—¿En qué sentido?

—No tienes por qué esperar doce horas. Puedes hacer algo.

—¿El qué?

Basheera sonrió y lanzó un silbido agudo. Nasee entró en el comedor, cargando unos pinchos de cordero para el plato principal, pero Munir conocía a Basheera lo bastante como para saber que con ella nada era lo que parecía. Siempre iba un paso por adelante y, si el destino hubiese sido distinto, habría sido una excelente madre para un Jeque. Aunque, de alguna manera, ya lo había sido para Munir.

El viejo le devolvió la mirada con los dos ojos, el normal y el lechoso, y le dedicó una sonrisa.

—Mi señor, hay que aprovechar las ventajas de tener espías en todas partes.

Munir miró a ambos, confundido. —Pero no los tengo. Mi equipo es el mismo que el de mi padre, liderado por Kashif. Mirad con qué facilidad me han traicionado.

Naseem sonrió, haciendo que su larga nariz pareciera más pronunciada aún. —Pero Basheera y yo somos leales a usted y a Emma. Ella es buena para usted, le hace sonreír y consigue que su corazón brille de una forma que nunca he visto, mi Jeque.

—¡Pero vosotros no sois espías!

—Tenemos oídos en todas partes —le corrigió Basheera.
—Naseem, informa a Munir de todo lo que sabes.

Se dibujó una amplia sonrisa en su rostro antes de responder:
—La antigua alcazaba... de ahí vamos a rescatar a Emma, ahora mismo.

Emma observó con recelo el engrudo que Kashif dejó delante de ella. Era gris verdoso y estaba lleno de bultos. Apesar de que tenía hambre y que había pasado mucho tiempo desde la puesta de sol, no tenía ninguna intención de comerse aquello. Ni siquiera sabía de qué estaba hecho. Cuando se inclinó para olerlo, tuvo que retroceder ante el desagradable olor que desprendía. Oía mejor su caballo después de un duro entrenamiento al galope, que el brebaje maloliente que tenía frente a ella.

Pero era aún peor que Kashif lo hubiese traído, que no hubiese enviado a un subordinado.

Y lo peor de todo era que no tenía intención de marcharse. Estaba sentado a su lado, mirándola y relamiéndose.

—No pienso comerme esto —dijo, levantó el bol y arrojó las gachas... papilla... lo que fuera, a Kashif.

Él maldijo en voz alta y la abofeteó. —Puede que Munir encuentre atractiva tu rebeldía, zorra, pero yo no.

—Me importa una mierda lo que encuentres atractivo. No voy a comer tripas de gato envenenado.

—Son intestinos de cordero.

—No los voy a comer, y, conociéndote, seguro que los has envenenado. Lo único que quiero es hablar con Munir. Tiene que poder visitarme.

—¿Y arriesgarme a que te saque de aquí en cuanto sepa dónde estás? Los que apoyan a mi padre ahora responden ante mí. Si no te libero, Munir ha amenazado con firmar en menos de seis horas un tratado con el que dará a los infieles todo lo que pidan.

Emma tragó saliva. Si hasta el viejo Shadid había exigido su liberación, ¿por qué seguía presa en un calabozo a solas con Kashif? A pesar de las esposas, que limitaban sus movimientos, trató de doblarse sobre sí misma, protegiendo su cuerpo de Kashif lo mejor que pudo. Él tramaba algo, y a ella le aterrorizaba saber exactamente lo que era.

—Entonces has venido a liberarme. Podemos llegar a un acuerdo. Yo regreso a casa, a cambio obtenéis el tratado que queréis y Munir ... —Suspiró, e intentó que no se le quebrara la voz—No se puede tener todo lo que queremos.

—Yo sí puedo. Me importa un carajo lo que mi padre o Munir quieran. El viejo estará muerto dentro de seis meses y Munir también.

El corazón le latía de nuevo con fuerza y tragó con dificultad. No podía creer lo que acababa de escuchar. —¿Vas a matarlo?

—De momento, no. No hasta el fallecimiento del viejo. Haré que no parezca muy obvio, como un accidente de coche de regreso del funeral de mi padre. Entonces me proclamaré único heredero de la Casa de Yassin, y el país entero llorará mi pérdida, pero ensalzará mi valor y mi espíritu indomable.

Aquello fue suficiente. No iba a amenazar a Munir y que no pasara nada, y no la iba a dejar allí encerrada impunemente.

Dando un salto, hasta donde le permitían las ataduras, Emma clavó sus uñas en la mejilla de Kashif. Él aulló de dolor y se apartó. Al contemplar el lado izquierdo de su rostro, Emma pensó que le recordaba a una hamburguesa cruda.

—Dime otra vez lo fácil que te resultará hacer todo eso. Munir vendrá, o mi padre te bombardeará, pero nunca serás nada, Kashif. Eres un “quiere y no puedo”, un eterno pretendiente al trono.

—¡Basta!—gritó él, levantándose de un salto y comenzando a

caminar por la estancia —Estás aquí y eres mi prisionera. Mía para hacer contigo lo que quiera, como lo ha hecho Munir. Ahora me toca a mí ver qué tiene de fascinante tu gordo trasero, zorra americana.

A Emma se le heló la sangre en las venas. Tras ponerse en pie, intentó salir corriendo, pero los grilletes la tenían sujeta a la pared, además, tenía mucha hambre y se sentía muy débil. Fue un error. Kashif se abalanzó sobre ella, inmovilizándola contra el suelo. Emma gritó y se resistió cuando él le clavó las rodillas en sus piernas, mientras con una mano empujaba sus hombros hacia abajo y con la otra tiraba de su cabello rubio con fuerza.

—¡No! ¡Para! —gritó ella, revolviéndose e intentando morderlo de nuevo.

—Puede que necesite un jacuzzi y palabras cariñosas para convencerte, *Sheikha*. —se burló.

Ella se quedó inmóvil, sin poder creer que estuviera a punto de violarla —Que te jodan, Kashif. Nunca me importarás una mierda.

—No hace falta que te importe. Sólo quiero probar lo que ha hecho que mi hermano se vuelva tan loco.

Cerrando los ojos, Emma intentó reprimir las lágrimas —Munir es mil veces más hombre que tú, y por eso lo amo. —Mantuvo los ojos cerrados, aterrorizada ante el dolor que Kashif iba a causarle, negándose a mirar cómo la violaban.

Y de repente, ya no estaba sobre ella.

Confundida, miró hacia arriba y quiso llorar. Vio a Munir, junto con Naseem y Basheera. La mujer se había quitado un pasador del pelo y se afanaba por abrir sus esposas. En cuanto fue liberada, Basheera se quitó el chal y le cubrió el pecho con él. Al mirar hacia abajo, Emma se dio cuenta de que tenía la camisa desgarrada, dejándola expuesta.

En más de un sentido.

—Shhh... estamos aquí, querida niña—dijo Basheera con dulzura.

Por encima del hombro de su salvadora, Emma vio a Naseem y a Munir luchando con Kashif. El hermanastro de su amado blandía una navaja con la que amenazaba a los otros hombres. Cuando Naseem se lanzó sobre él, Kashif lo apuñaló. La sangre brotó del costado del viejo sirviente y cayó al suelo, respirando con dificultad. Emma gritó y trató de ponerse en pie para ayudarlo, pero Basheera la detuvo, agarrándola por los hombros. Cuando la mujer habló, su voz era suave.

—No. Distraería a Munir, y tiene que ganar.

—¡Pero Naseem necesita ayuda!

—Se pondrá bien, se lo prometo —afirmó, aunque sus ojos se llenaron de lágrimas.

Munir se movía en círculos alrededor de Kashif, con los puños en alto. Era más alto que su hermano, pero menos ancho, con un físico más de nadador que la enorme constitución de jugador de fútbol

americano que tenía Kashif. Había tenido a aquella bestia sobre ella, y sabía lo fuerte que era y el daño que podía causar. Además, tenía un arma.

—Hermano, suelta el arma, y te prometo que serás juzgado con honor—dijo Munir, esquivando una estocada de Kashif.

—¿Y si no lo hago?—preguntó él, desgarrando la camisa de Munir al intentar clavar la navaja en el pecho de su hermano. Munir había esquivado el ataque en el último instante, pero había estado muy cerca.

—No quiero matarte.

—Otra muestra de tu debilidad —espetó Kashif, lanzando un golpe con su puño libre que hizo que Munir se tambaleara.

Emma y Basheera dieron un paso hacia ellos, pero dudaron cuando Kashif se giró con su cuchillo en alto.

—Luego os toca a vosotras, zorras traidoras.

—Estupendo —exclamó Munir, abalanzándose sobre su hermanastro y tirándolo al suelo. —Eso significa que ahora tienes tiempo para mí.

Los hermanos forcejearon en el suelo durante un rato, luchando cada uno por ganar el control. Con el golpe de Munir, Kashif había perdido la navaja, y ninguno de los dos parecía tener ventaja. Cada vez que Munir conseguía inmovilizar a su hermanastro, éste se lo

quitaba de encima con un demoledor golpe en el rostro o el estómago. Del mismo modo, cuando Kashif parecía llevar ventaja, Munir se zafaba de sus garras y volvía a controlar la situación por unos segundos. Finalmente, Kashif rodó sobre su cuerpo y se lanzó al cuello de su hermano, agarrándolo con las dos manos. El Jeque dejó de luchar y su piel adquirió un tono azulado.

—¡No! —gritó Basheera—¡Detente, Kashif!

Él miró a la mujer, y Emma vio una oportunidad. Corrió hasta la navaja que yacía en un rincón y se la clavó en el hombro.

—¡Esto es por ponerme las manos encima! —declaró, antes de darle un puñetazo.

Tal vez debería haberse ahorrado esa parte.

No sabía cómo golpear correctamente y, a pesar de que Kashif escupió un diente, ella se tambaleó, levantando su lastimada mano.

Aquello fue suficiente para que Munir aprovechara la distracción. Tras darse la vuelta, sujetó a su hermano contra el suelo, boca abajo, y le hizo una vil llave de estrangulamiento que lo dejó inconsciente. Pero el Jeque no se detuvo ahí, y colocó el pesado grillete en el tobillo de su hermano.

Basheera estaba con Naseem, acunándolo en su regazo y cantándole dulcemente en árabe. Apenas estaba consciente, y su herida seguía sangrando.

Munir miró a su alrededor y dedicó un último momento a su hermano. —Podrías haber permanecido a mi lado, Kashif, pero mira todo el daño que has causado. ¡Míralo!

La respiración de Kashif sonaba ahogada, pero aun así se rio. —Es hermoso, ¿no crees, hermano?

—Deléitate en ello durante toda la eternidad. Tu sentencia será permanecer aquí para siempre, el único prisionero de la alcazaba, con ratas y tu propia mierda como única compañía.

Munir vaciló y, lleno de rabia, tomó impulso con una pierna, con la intención de patear a su hermano en la cara. .

—Espera —Le interrumpió Emma, acercándose a él. —Yo me encargo. Esto es de parte de todos nosotros. —exclamó, antes de propinarle una rabiosa patada en la barbilla, haciendo buen uso de los músculos que había desarrollado durante años de montar a caballo. —Púdrete en el infierno, Kashif. Es el lugar al que perteneces.

Capítulo Ocho

Basheera ordenó que un coche la llevara a ella y a Naseem directamente al hospital. La familia Yassin tenía una suite allí, e iba a ser tratado por los mejores médicos. Munir abrazó a sus dos viejos amigos y besó a Basheera en la mejilla. —Cuida bien de él. Sois los mejores asesores que tengo.

Ella sonrió y apretó la mano de Naseem. —¿Sólo somos sus asesores?

—No, pero sois los únicos en los que puedo confiar. Descansad, tenemos mucho que *limpiar* en palacio.

Naseem jadeó, pero se incorporó lo suficiente para mirarlo a él y a Emma. —Os ayudaremos, mi Jeque y mi *Sheikha*. Todavía quedan demasiados elementos indeseables tras las paredes del palacio.

Emma besó la mejilla llena de cicatrices de Naseem, y Munir sonrió ante la bondad de su futura esposa—Tenemos los mejores asesores disponibles. Cuídate, Naseem, y gracias por ayudar a rescatarme.

Cuando la limusina desapareció en la distancia, ambos dieron un paso atrás en la acera, y agitaron sus manos en señal de despedida. AMunir no le preocupaba la seguridad de Naseem. Tendría los mejores médicos a su disposición. Y los guardias de palacio, que le

eran indiscutiblemente leales, vigilarían el hospital. Nadie podría acercarse a él. En el caso de que Kashif, encadenado como estaba en un lugar abandonado, consiguiera pedir ayuda. Munir sacudió la cabeza pensando en su hermano. Tanto potencial desperdiciado. Aquello no era lo que a él le hubiera gustado hacer, pero su hermano tenía un corazón muy negro, alimentado por la naturaleza cruel de su madre y la tendencia paterna hacia el extremismo despótico.

Ahora debía continuar con su vida, y celebrarla al lado de la mujer que amaba. Munir tomó la mano de Emma y se metieron en otra limusina. Su personal de seguridad iba delante, separado del asiento trasero por un vidrio a prueba de balas.

Emma estaba hecha un desastre. Su ropa apestaba a cloaca y al moho de las aguas residuales que se filtraban en el sótano de la alcazaba. Se le había corrido el maquillaje que se aplicó esa mañana en Dubai, sobre todo alrededor de los ojos. Su cabello estaba lleno de nudos y ausente en algunas zonas, donde Kashif se lo había arrancado. Llevaba la camisa rota, y Munir pudo vislumbrar partes de su sujetador bajo el chaleco antibalas que le había proporcionado. Se estremeció al notar el aire acondicionado del coche, un tremendo contraste con la cálida arena de Yoman. Munir sospechó que en parte se debía al trauma al que el bestia de su hermano había estado a punto de someterla.

Aproximándose a ella, rodeó sus hombros con un brazo, y con la otra mano le acarició el suave pero enmarañado cabello. Él se encargaría de que se recuperase y fuera mimada en el castillo. Basheera regresaría y la bañaría con los más ricos aceites, y traerían a

los mejores estilistas para devolverle el lustre y brillo a su encantadora melena.

—Te amo más que a mi vida, *habbib*.

Ella parpadeó y frunció el ceño. —¿Crees que lo dudo? ¡Kashif casi te mata!

—Y tú has puesto en práctica tus propias artimañas, querida. Eres una fiera. Como sospechaba, serás una excelente *Sheikha*. Serías mejor guardia que la mitad de mi equipo. —dijo, acariciando su mejilla. —Lo que te ha hecho es inaceptable. No puedo soportar la idea de matar a otra persona, y menos de mi propia sangre, pero voy a pensar en torturas diabólicas a las que someterlo.

Ella sonrió, aunque Munir se dio cuenta de que su sonrisa no se reflejaba en sus ojos. No era la alegre mirada de asombro que le iluminaba los ojos en las pistas de esquí de Dubai. —Ponle una tele y que vea la teletienda durante días. O, mejor aún, *Star Wars: Episodio I* una y otra vez. ¡Jar Jar Binks durante semanas!

—Eres bastante malvada, *habbib*.

Emma asintió y se acurrucó a su lado. El calor de su cuerpo le resultaba delicioso, aunque no era lo que él quería en aquel momento. Bueno, eso no era del todo cierto. Siempre estaba a punto para su futura esposa, pero ahora no era el momento. Lo único que deseaba era tenerla entre sus brazos, cuidarla y protegerla para siempre, aunque la vida que llevaba no era así de simple. Yoman era un lugar peligroso. Seguían estando amenazados por los bombardeos

accidentales de los americanos, los rebeldes que causaban problemas en el norte, y la guerra que tenía lugar en sus naciones vecinas. Como *Sheikha*, siempre podría ser un objetivo. No le quedaba duda de que era capaz de protegerse a sí misma, y bastante bien, pero le aterraba pensar que no pudiese soportar la carga emocional.

—Emma, no estás obligada a casarte conmigo—dijo, con voz débil y triste.

Ella lo observó con sus grandes ojos muy abiertos. —Sé que tenemos que trabajar en la negociación, pero tiene que haber otra forma. Si pudiera hablar con mi padre, podría hacerle ver lo buena persona que eres, y lo mal que lo está pasando tu pueblo con los ataques... Él lo entenderá. Valora a la familia tanto como tú.

—¿Estás diciendo que quieres quedarte?—Ella se incorporó y le dio un beso, enfatizando su atracción por él con un mordisco en el labio. Qué pícara era. Emma sabía que eso lo volvía loco. Munir gimió, pero mantuvo su concentración en el tema que estaban tratando. —Lo digo en serio. Tenemos que hacerlo bien. No es amor de verdad si te tengo como una mascota. Si quieres marcharte, si la vida en Yoman es demasiado dura o aterradora, sobre todo tras el ataque de Kashif, lo entiendo.

Ella sacudió la cabeza y le miró fijamente a los ojos, él se quiso perder en los suyos. —Eso ya no importa.

—No le restes importancia.

—He pasado mucho miedo, y es cierto que podría necesitar un

psicólogo para hablar de ello, o hablarlo contigo. Pero he ayudado en mi rescate, y la gente de aquí que me importa me ha apoyado. Sé que puedo confiar en ti, en Basheera y en Naseem, y eso ya es mucho. Además, los dos sabemos que Kashif no va a ir a ninguna parte, así que, yo... —Tragó saliva y se mordió el labio. Él se puso tenso, temiéndose lo peor. —Te amo, Munir. Quiero que tú también seas mi *habbib* y que nos amemos el uno al otro.

Su corazón se llenó de felicidad, ardiendo más que el sol del mediodía en el desierto. Se inclinó hacia adelante y le dio un largo y profundo beso, sintiendo como su lengua jugaba con la suya. Cuando se retiró, vio un travieso fulgor en los ojos zafiro de Emma.

—Te amo.

—Yo también te amo, y nada podrá cambiar eso — dijo ella, acurrucándose aún más contra él y protestando en broma cuando la limusina se detuvo frente al palacio. —¡Vaya! ¡Justo cuando me estaba acomodando aquí atrás!

—Tenemos toda la noche para eso, *habbib*—dijo él entre risas.

Pero al abrir la puerta, su risa se desvaneció.

Ante él, estaba el senador Alan James, un hombre de ojos claros, igual que su hija, y muy enfadado.—¡Salga del coche y devuélvame a mi hija!

Munir quería protestar, luchar por ella, pero el senador estaba acompañado por un comando SEAL de la Marina. Salió del coche y

tomó a Emma por el brazo, delante de sus respectivos padres y un montón de militares estadounidenses.

—Papá, puedo explicarlo. Sé que es difícil de creer, pero lo amo.

Las fosas nasales del senador se dilataron. —El ex Jeque Shadid me llamó y me contó lo que su hijo había hecho, cómo te secuestró sin el consentimiento de su padre para servir como moneda de cambio. Lo que sientes en estos momentos tiene un nombre: *Síndrome de Estocolmo*, así que deja que yo me haga cargo.

—¡Papá, por favor!—Gritó ella, las lágrimas cayendo por sus mejillas. —Eso no es lo que ha ocurrido. El viejo Jeque lo planeó todo y ahora está culpando a Munir. Por favor, tienes que escucharme.

Su padre sacudió la cabeza y se acercó a Munir. —Debería bombardear este país dejado de la mano de Dios y convertirlo en escombros por el dolor que has causado a mi familia, todo el miedo que nos hiciste pasar, pensando que nuestra hija estaba muerta. ¡Mírala! ¿Has puesto tus sucias manos sobre ella?—quiso saber.

Munir ignoró las gotas de saliva que salpicaban su rostro cuando James subió el tono. —Señor, permítanos explicarle. Mi hermano trató de hacerle daño, pero lo detuvimos. Estoy enamorado de su hija y deseo convertirla en mi reina.

Sintió un golpe devastador en el plexo solar y cayó al suelo, incapaz de respirar. Tras él, entre la variada multitud formada por guardias de palacio y militares, Munir escuchó la risa de su padre.

El hijo de puta se negaba a perder.

—Eres de lo peor, muchacho, cállate. Tu padre y yo vamos a negociar el tratado y me voy a llevar a Emma a casa, lejos de esta mierda de desierto, y si sabes lo que te conviene, no te atreverás *ni a mirarla* hasta que nos hayamos ido.

Capítulo Nueve

Nada era comprensible.

Emma sentía que todo se iba al traste.

En Washington DC hacía una temperatura agradable. Era junio, después de todo, pero no se podía comparar con el calor de Yoman. Tenía demasiado frío. Incluso para ir a comer con Parker, Alexis y Allison, tuvo que ponerse un suéter grueso. La gente del café la miraba extrañada por ir tan abrigada, pero ella no sé sentía incómoda. La vida en los Estados Unidos era estéril, demasiado limpia, y no olía a *nada*. El ajeteo de Yoman era muy distinto, el aire siempre estaba perfumado con especias. Fue al mercado un par de veces con Basheera, y se había deleitado con el olor de la carne cocinándose en un asador, el aroma de las diferentes variedades de cúrcuma y otras especias, y los dátiles frescos.

En aquel café, lo único que podía oler era un ligero tufo a lejía.

Todo le parecía irreal. Lo único que era real eran los fuertes brazos de Munir alrededor de su cintura, y el roce de sus patillas contra su mejilla. Un mes después de que su padre la "rescatara", Emma parecía normal. Las calvas que había dejado Kashif en su pelo ya no eran visibles, y sus heridas se habían curado. De hecho, era la primera vez que quedaba con sus amigas -aunque Allison era más bien una conocida-. Su madre había insistido en que no saliera de casa hasta

que tuviera un "aspecto respetable".

Así era su madre, siempre preocupada por la apariencia adecuada para una dama sureña.

—¡No lo puedo creer!—dijo Alexis, con los ojos llenos de preocupación —Si hubieses venido con Allison y conmigo, no te habría pasado nada.

Su hermana menor masticó una hoja de lechuga, el *único* tipo de comida que probaba - alimento para conejos. Allison miró a Emma y se encogió de hombros. —Tendrías que haber venido, en vez de ser tan cabezota.

Emma suspiró y trató de disimular su enojo. Había decidido salir porque según los rumores que se extendían por todo Washington DC, los abusos a los que se vio sometida le habían causado un horrible estrés postraumático. No era buena idea estrangular a Allison, a pesar de que se lo merecía. Emma dio un bocado a su *panini* y disfrutó del sabor del queso. Allison sacudía la cabeza, pero, por una vez, no le importó. Munir había amado sus curvas, le había dicho que la hacían más mujer.

—No hubiese importado. Enviaron soldados entrenados para capturarme, y lo hubieran hecho de todas formas. Ahora estoy a salvo.

Parker negó con la cabeza y dio un sorbo a su bellini de melocotón. —Parece imposible. Es algo que se oye en las noticias, unas de esas cosas que te asustan totalmente. Es tan, como... totalmente imposible.

Emma se encogió de hombros y tomó un sorbo de su Coca-Cola. —Pero fue real, y Munir era...

—¿Munir? —cuestionó Allison, con un gemido nasal. —Querrás decir el Jeque Yassin.

—Había confianza. —dijo ella, arrastrando sus dedos sobre la superficie de la mesa, recordando la forma en que sus ojos color avellana habían brillado cuando ella le dio placer en el jacuzzi del hotel de Dubai. Se sonrojó y sintió calor, por primera vez después de tantos días vacíos.

Completamente vacíos.

Como ella.

—Te entendemos, cariño—dijo Alexis, con su voz cantarina y dulce.

Por el rabillo del ojo, vio cómo su amiga pronunciaba "síndrome de Estocolmo" dirigiéndose a su hermana. Todos creían que estaba loca, que no tenía más que un profundo trauma emocional que la hacía creer que se había enamorado de Munir. Pero estaban equivocados. Emma no era la misma persona de antes del secuestro. Sabía exactamente lo que quería y cómo sentirse amada. Lo único que deseaba era estar con Munir, por la forma en la que la hacía sentirse feliz y amada

Aquello era su hogar.

No Georgetown, ni la mansión de su padre.

—No estoy enferma y no estoy loca —espetó, levantando de golpe la cabeza y apartando el plato con fuerza —Él es maravilloso.

—Es un bárbaro. Como un loco de la Yihad —dijo Parker.

—Y te secuestró. Qué romántico —añadió Allison.

Alexis se mordió el labio. De entre todas sus amigas, era la que mejores intenciones tenía, la más amable, pero ni siquiera ella la creía. Nadie la creía. —Ya sabes cómo tratan a las mujeres en esos países.

—Fue un perfecto caballero.

Allison puso los ojos en blanco.—Quería meterse en tus bragas, claro que actuaba como un caballero. Sinceramente, Emma, tienes que sacar esas fantasías de tu cabeza. Estás enferma, abusó de ti.

Emma arrojó su servilleta sobre la mesa y se levantó. Mirando con furia a Allison, puso los brazos en jarras —Perdona, pero tú y yo no somos amigas, y nunca lo hemos sido. No fui con Alexis aquella noche porque eres una zorra que habla de mí a mis espaldas, así que supongo que debería estar agradecida de que al menos en este momento me estés diciendo las cosas a la cara.

Alexis la miró sorprendida, con los ojos muy abiertos, y se llevó la mano al pecho con horror. —No quería decirte eso.

—Deja de defenderla. Ella *siempre* dice lo que quiere.
—espetó Emma. —Ya he aguantado bastante. Sois malas y superficiales, y estoy harta de ser siempre la chica buena. ¿Sabéis qué? Ya *no* soy esa persona.

Y tras aquello, Emma se marchó a su apartamento.

Tardó semanas a deshacer las maletas que había traído de Yoman. Murin le había regalado algunas prendas, así como especias y otras fruslerías que Basheera insistió en que se llevara. Cuando se marchó, la mujer había llorado más amargamente que ella. De vuelta en Washington DC, se sentía demasiado deprimida para deshacer las maletas, como si al hacerlo tuviera que admitir por fin que nunca más volvería a Yoman, y que todo lo que había sucedido había sido un sueño, un espejismo en las arenas del desierto.

Aun así, tenía que admitir que después de un mes de constantes diatribas con su padre al teléfono, sentía que Washington era de nuevo su hogar.

Si es que un lugar tan frío y aislado podría ser un hogar después de Munir.

Cuando abrió la primera caja, sonrió al ver los aceites de baño y las bolas de popurrí. También encontró unos dátiles e higos secos, conservados para ella como un "sabor casero". La segunda caja contenía los pantalones vaqueros y las camisetas que le habían regalado. La última era muy ligera para su tamaño, y no estaba segura

de lo que contenía.

Entonces sacó el primer velo dorado de fina seda y le entraron ganas de llorar. Estaban todos allí. La entera colección de velos, así como las castañuelas y la cadenita para la cintura con la que había bailado para Munir. La diadema no estaba, y tuvo que contener las lágrimas. Uno de los matones de Kashif la había aplastado con sus botas cuando se la llevaron aquella mañana. Aun así, todo el vestuario se encontraba allí, junto a una foto de ella y Munir en la atracción de esquí, sonriéndose el uno al otro.

No estaba segura de cómo había llegado hasta la caja. Sabía que las vendían en el parque, como una forma más de hacer dinero rápido, pero no recordaba haber visto a Munir recogéndola.

—¿Cómo es posible?

—Pensé que te gustaría —retumbó una voz familiar detrás de ella.

Confundida, Emma se volvió y se encontró a Munir delante de ella, con un elegante traje de chaqueta que marcaba sus masculinos hombros de forma seductora. En un primer momento, el corazón de Emma se aceleró y tuvo miedo de haberse vuelto realmente loca, de ver cosas que no estaban allí. Munir, o la alucinación, estaba apoyado en el marco de la puerta. Fue entonces cuando su nariz detectó la familiar mezcla de almizcle y jazmín que desprendía su amado.

Eufórica, se levantó de un salto y corrió hasta él, casi sin creer que estaba sintiendo sus fuertes brazos alrededor de ella. Respiró

profundamente, absorbiendo su aroma, disfrutando de la forma con que sus patillas rozaban sensualmente sus mejillas, y de la robustez de aquellos bíceps contra su cuerpo.

—No entiendo—murmuró ella, con el ceño fruncido.

—Te dije que me llevaría un tiempo hacer limpieza en casa. Me senté con mi padre y le mostré los trapos sucios que Naseem me reveló, los esqueletos del armario y las traiciones a nuestros aliados. Le dije que si no dejaba sus maquinaciones y llamaba a tu padre para explicarle lo que había pasado y lo que hizo Kashif...

—¿Te refieres a que me rescataste de él? —preguntó.

Él se sonrojó, le encantaba la forma en que el rubor aparecía en su piel aceitunada. —Sí, y tu padre no estaba muy contento. Probablemente nunca lo estará.

—Ya veo —dijo ella, derrumbándose en su abrazo.—Entonces, ¿esto es un adiós más formal?

—No, *habbib*, —dijo él, poniéndose de rodillas y mostrándole el estuche de terciopelo que tenía en la mano izquierda.

Su corazón se paró unos instantes. Emma apenas podía dar crédito a sus ojos. —¿Munir?

Él abrió el estuche y le enseñó un enorme diamante engarzado en un anillo de platino, de un estilo que le recordó a la época victoriana. —Era de mi madre.

—Oh, no tienes que hacerlo, si es lo único que te queda de ella.

Munir le sonrió. —Por eso te amo, por ese feroz y desinteresado corazón que tienes. Tengo más cosas de ella, así que, por favor, *habbibi*, ¿me harías el honor de ser mi esposa?

—¡Sí!—dijo, un poco avergonzada ante el entusiasmo de su respuesta. Durante aquel último mes, había vivido como en un sueño, y ahora el mundo recuperaba su color. —Seré tu esposa, mi Jeque.

Munir deslizó el diamante en su dedo. Brillaba de forma magnífica, como si hubiera sido creado para su mano. Se inclinó y le susurró al oído —Quiero verte con él. *Sólo* con él, amada mía.

Ella obedeció y se quitó el vestido de tirantes que llevaba, quedando de pie ante él sólo con sus braguitas y un sujetador de algodón. Munir tuvo la cortesía de hacer lo propio y se despojó de su traje, mientras ella disfrutaba de las vistas de su imponente físico, con su maravillosa piel bronceada y su polla a punto de estallar bajo el tejido de sus calzoncillos. Se le hizo la boca agua y sintió cómo se empapaban sus braguitas. Se acordaba bien de su verga, de su sabor en su boca. Sonriéndole con malicia, Emma se desabrochó el sujetador, dejando que cayera delicadamente hasta el suelo.

El bulto de su entrepierna dio una sacudida, y ella levantó los hombros, alentada por el efecto que tenía sobre él.

—Mi Jeque—dijo ella, deslizando las manos sobre la suave piel de sus propios senos y bajándolas hasta el vientre. —Parece que le

atraigo...

—He estado muy solo sin ti. Nada ni nadie podría completarme como tú, mi amor.

No esperó más, después de todo, llevaba demasiado tiempo echándolo de menos, y había sufrido su ausencia tanto como él. Quitándose las braguitas, recorrió la distancia que aún los separaba. Se inclinó y besó a Munir, para luego restregar sus caderas contra su miembro, disfrutando de la sensación de su polla contra su cuerpo. Cada vez se sentía más húmeda, y casi se le doblaron las rodillas.

Pero consiguió mantenerse firme.

Lamiéndose los labios, se acercó a la cama y se echó sobre ella, reuniendo la confianza que le había permitido hacer la danza de los siete velos para él. Deslizó sus dedos sobre sus muslos, prácticamente ronroneando —Ven aquí y muéstrame lo mucho que me has echado de menos, Munir.

Su amado se deshizo lentamente de su bóxer, y ella tragó saliva ante la gloriosa imagen de su dura polla, libre al fin, y húmeda con líquido pre-seminal. Tenía toda la noche para saborearla, pero ahora quería algo más, algo que sellara su unión por completo.

—Dame placer, mi Jeque.

—Solo tienes que pedirlo —respondió él, uniéndose a ella de un salto y apoyando su peso sobre su cuerpo.

Era una presión deliciosa. Munir se inclinó y comenzó a mordisquearle el cuello, rozando con los dientes la suave piel de su clavícula. Emma se estremeció y recorrió su espalda con las uñas, disfrutando de la forma en la que su piel quedaba marcada. La boca de Munir se movió hacia abajo, para lamer sus pezones y luego concentrarse en uno de sus senos. Lo succionó y a ella le encantó lo que le hacía sentir, la forma en la que hacía que sus pezones se fueran endureciendo ante el contacto de su lengua. Entonces él la sorprendió pasando sus dientes con delicadeza sobre aquella sensible zona, y propinándole un leve mordisco que hizo que un fugaz dolor se mezclara con su placer, su cuerpo hervía como un volcán consumido por la lava.

Ella se apretó contra él de nuevo, bajando las manos y agarrando su culo con fuerza —¡Fóllame, Munir!

—Te voy a hacer el amor, princesa—respondió él, alejándose de su pezón y colocando sus caderas cerca de su pubis. Empezó provocándola, aumentando su deseo ante la anticipación, rozando su glándula contra sus resbaladizos labios vaginales, pero sin llegar a penetrarla.

—No me tientes. Lo necesito —ordenó ella—Te necesito.

Y no la tentó más. Sintió la fuerte acometida de su polla en su interior, y notó cómo sus propios músculos se relajaban, recibéndolo con placer. Munir comenzó a mover las caderas a un ritmo insaciable. Ella se incorporó, rodeándolo con sus brazos y besando su mejilla mientras la suya se restregaba con la áspera barba de sus patillas. Sus

acompañadas embestidas les convirtieron por unos instantes en dos cuerpos fusionados en uno, perdidos en una deliciosa fricción.

Momentos después él se corrió, derramando su esencia dentro de ella, mientras ella sentía el crescendo de placer que la atravesaba de arriba abajo, y sus músculos internos masajearon su palpitante verga. Poco después, se derrumbaron juntos sobre la cama, pero sin deshacer el nudo en el que estaban unidos. Su amado le apartó el pelo de la cara y le sonrió con una expresión magnética.

—Te he echado de menos.

—Me he dado cuenta.

—Esto es sólo el principio, *habbibi*. Tenemos el resto de nuestras vidas; te amo.

Ella sonrió, ya no le asustaba su futuro ni los muros que una vez la habían hecho presa. Se acabaron los planes que su padre había preparado para ella, se terminó la posibilidad de vivir una vida que no quería.

Sólo importaban ellos, para siempre.

Se acercó a él y le dio un beso, mordiendo su labio una vez más y disfrutando de la forma en la que él se estremecía de placer —Yo también te amo.

Esta vez se casaron al estilo americano. La primera ceremonia había sido un enlace oficial yomaní, cuando regresó a aquel país con él, con el fin de aliviar tensiones y declararla legítima *Sheikha* de Yoman. Había llevado un vestido tradicional, con los velos característicos de aquella cultura, y habían celebrado un ritual en el que no había entendido ni una palabra del Mulá, quien, acompañándose de gestos, había bendecido su unión.

Fue agradable compartir la cultura de su esposo, pero en cierta forma, todavía no se sentía realmente casada, no hasta que lo hiciesen a su modo.

La primera boda había sido enorme, y habían asistido dignatarios de todo Oriente Medio. Lo habían festejado durante tres días con cordero y otros manjares, y había bailado hasta que no sentía los pies. Esta boda sería distinta, más tranquila y privada. Con muy pocos invitados. Iba a presidirla el mismo Mulá, pero esta vez en inglés. Basheera y Naseem, así como unos primos lejanos de Munir, estaban presentes. También estaba Alexis, con la que había solucionado las cosas por email, después de que viera unas imágenes de su primera unión.

Su amiga le había dicho que *nadie* podría fingir ser así de feliz, no había forma de disimular un aspecto tan resplandeciente.

Claro que, pensó mientras se deslizaba la mano por el encaje que decoraba su abultado abdomen, he tenido un poco de ayuda en eso de resplandecer. Estaba embarazada de cinco meses y ya se notaba. Era algo extraordinario. En menos de cuatro meses, traerían al

mundo a un futuro Jeque. Emma aspiraba a ser tan tierna con él como lo era con Munir, a amar a su hijo con el mismo cariño y dedicación que su difunta madre le había brindado a él.

No iban a permitir que hubiese más padres como Shadid en el futuro linaje Yassin.

Su hijo no sería criado con materialismos, pero irían más allá. Se hizo a sí misma un juramento, prometiéndose que lo más importante que le darían a su hijo sería amor.

Mientras bailaban durante la recepción, Munir la hizo girar con delicadeza —Pareces triste, mi amor.

—No es eso. Es que... Alexis se ha portado muy bien, intentando entenderlo todo, y creo que ella y tu primo Farzad han hecho buenas migas. Pero no es lo mismo. Ojalá mis padres estuvieran aquí.

Munir no respondió, pero la tomó de la mano y la llevó hacia el balcón. Allí, enmarcada entre las centelleantes estrellas del cielo nocturno, había una silueta familiar, los fuertes hombros de su padre.

—¿Papá?—exclamó, llevándose una mano a la boca.

Su padre se volvió y, aunque miró a Munir con rostro serio, en cuanto vio a su hija y la forma en la que resplandecía con su embarazo, sonrió ampliamente —Cariño, ¿de verdad creías que te ibas a casar sin tu padre?

Ella se lanzó sobre él y lo abrazó fuertemente —Papá, pensé que me odiabas por haberme mudado aquí.

—No estoy loco de alegría, precisamente. —apuntó él, acariciando su barbilla —Pero eres feliz. Alexis me contó todo y quise venir a verlo por mí mismo. Munir me envió un billete de avión. No puedo daros mi completa bendición, pero me alegra que seas feliz. Tu madre y yo también queremos formar parte de la vida del bebé.

—¿Dónde está mamá?

—No ha podido venir debido a unas restricciones de su visado, pero lo arreglaremos. Quiere ayudar con la habitación del bebé.

Los ojos se le salieron de las órbitas ante la idea de tener a su madre ayudando, y se dio cuenta de que había cosas mucho más aterradoras que unos soldados secuestrándote, o toparte con hermanos homicidas con pretensiones al trono. Siempre habría abuelas que creían saberlo todo.

Quizás Basheera la ayudaría a atemperar el torbellino de belleza sureña que era su madre.

Tal vez.

O podrían enfrentarse a tanto entusiasmo a través de la meditación.

Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras disfrutaba de aquel baile padre-hija en su boda. Al terminar la música, el senador le hizo

una reverencia y la llevó hasta Munir. Su esposo le tomó la mano y la acompañó a la pista de baile. Emma se deslizaba con facilidad entre sus brazos, a pesar de su volumen. Apoyándose en él, respiró profundamente, saboreando la seguridad que le proporcionaba la fragancia a jazmín de Munir.

—Es un cuento de hadas, ¿verdad?—le miró con sus grandes ojos.

Munir rio y acarició su vientre —Es una forma un poco exagerada de describirlo, *habbibi*. Somos nosotros.

Ella sonrió a todos los amigos y familiares que les aplaudían y lo besó, disfrutando de aquella maravillosa sensación como si fuera la primera vez.

Sí, eran ellos, y todo era *perfecto*.

Continuará...

[Haga clic aquí](#)

¡Y suscríbese a nuestro boletín para recibir noticias EXCLUSIVAS sobre todas las ofertas, anticipos especiales y nuevos lanzamientos!

**¡ESCRÍBANOS! ¡NOS GUSTARÍA
CONCER LAS OPINIONES DE
NUESTROS FANS!**

Email **jessicabrooke34@gmail.com**